

Marcel Roche

**La
sonrisa de
LUIS ROCHE ●**

UN ENSAYO BIOGRAFICO

A BEATRICE DE ROCHE

*«When to the sessions of sweet silent thought
I summon up remembrance of things past,
I sigh the lack of many a thing I sought...»*

Shakespeare (Soneto XXX)

PREFACIO

Después de la muerte de mi padre, encontré entre sus papeles una carpeta azul con el título de “Anécdotas y cuentos míos y de los demás”. Algunos meses antes, él me había confiado, en efecto, que estaba reuniendo una selección de chistes para darlos a la imprenta, “pues no es posible —decía— que, habiendo echado tantos cuentos en mi vida, no deje algunos publicados”.

Aunque no estuviera completa la obra, me interesó vivamente, no sólo por lo ameno de los cuentos, sino por lo que su selección revelaba del carácter y personalidad del autor. Maduró en mí la idea de publicarlos con algunos comentarios; éstos se fueron alargando hasta convertirse en una pequeña biografía.

He utilizado, además del conocimiento personal que de mi padre tengo, las crónicas periodísticas que escribió a partir de 1936, así como cartas y otros documentos en mi posesión, a más de los recuerdos y anécdotas que he podido recoger entre familiares y amigos. Los intereses de mi padre y los míos han sido divergentes, pero nos unía, sobre

todo hacia el final de su vida, una gran comprensión mutua.

He conocido mal los problemas de urbanismo de Caracas, y no puedo hablar de ellos con autoridad; los veo aquí a través de la personalidad de mi padre, y como tema central de su vida. Presento excusas por los errores de interpretación, y hasta de hechos, en que pueda involuntariamente incurrir en este aspecto. No he pretendido hacer una historia de las urbanizaciones de Caracas; por ello he dejado de mencionar a muchas personas que han contribuido poderosamente al engrandecimiento de la capital, junto con mi padre. El siempre se alegraba de las iniciativas de otros en ese sentido: recuerdo en particular el júbilo que le causó la reurbanización de El Silencio, por Carlos Raúl Villanueva, bajo el impulso de Diego Nucete Sardi.

No quiero que éste sea un libro piadoso, y deseo dejar de lado todo énfasis y toda alabanza exagerada. Mi padre no los necesita. Por lo demás, otros pueden tener de él una imagen diferente. Esta es la mía, y la ofrezco a quien quiera leerla.

INTRODUCCION

Su sonrisa es lo que más vivamente recuerdo cuando evoco la imagen de mi padre; pero su optimismo no era inconsciencia, sino fe en el hombre y en su capacidad de progreso, y confianza en sí mismo. Preocupado, y hasta insomne, ante los problemas de la vida, había no obstante condicionado su mente para responder con el chiste a los retos de la existencia. Su buen humor tenía ingredientes de ironía francesa, de *humour* inglés (¿algún antepasado británico en el Burdeos de sus padres?) y de *mamadera de gallo* criolla.

Derivadas precozmente hacia el trabajo práctico sus actividades, fue un autodidacta; pero, a través de sus lecturas y sus viajes, hizo suya una extensa cultura. Dotado de una naturaleza refinada, sus gustos, sin embargo, permanecieron sencillos y directos; amaba los colores brillantes y la música melodiosa; para él, los sabores debían ser dulces como el azúcar, o suaves como la crema; las mujeres, de clásica perfección; las pinturas, realistas y armoniosas.

Hombre de acción, mi padre era, sin embargo, un indeciso. Antes de actuar solía establecer una *hoja*

de balance, en la cual sentaba, a la izquierda, los *pro* y, a la derecha, los *contra*. Mas, una vez tomada su decisión, actuaba con rapidez e iba derecho a su objetivo. Me acordé de él al leer la admirable definición del escepticismo, por T. S. Eliot:¹

“... la costumbre de examinar la evidencia, y la capacidad para diferir la decisión. El escepticismo —continúa Eliot— es una característica altamente civilizada; mas... no solamente necesitamos fuerza para diferir la decisión, sino también para llevarla finalmente a bien.”

Físicamente, Luis Roche era pequeño, de tipo pícnico. Se movía con vivacidad, a pasos cortos y rápidos. Afectado —por herencia, que también transmitió a sus hijos— de calvicie precoz, usó por largo tiempo un *tupé*, que abandonó alrededor de 1934, durante un largo viaje por Europa. Los amigos, a su retorno, comentaban: “Luis, ¡qué gordo estás!”, como se solía decir entonces para halagar, o: “¡Qué repuesto te ves!”, sin siquiera notar la recién adquirida alopecia.² Mi hermana Beatriz me recordó cómo nuestro padre nos reveló súbitamente su calva. En el apartamento de París donde vivíamos entonces, llamó a todos los hijos, con un aire de son-

reído misterio. Tenía puesta una camarita negra y nos dijo, siempre con aspecto chistoso, que nos iba a hacer una revelación. De repente se quitó el sombrero, con una gran carcajada, ¡revelando a nuestros ojos atónitos su brillante bola de billar!

Su calva y su estatura eran objeto de chistes a cuenta propia. Decía, colocando el dedo meñique en el nacimiento de la nariz y midiendo dos cuartas hacia el occipucio, donde le nacía el pelo, que la inteligencia se medía de la frente para arriba. A propósito de su tamaño, contaba lo siguiente:

LA LEYENDA DEL VIOLIN

“*In illo tempore*, el Diablo Mayor convocó su *brain trust* y dijo:

—No estoy satisfecho por la marcha de mis asuntos en la tierra. Es preciso que encontremos el modo de empujar con más fuerza la humanidad hacia el mal.

—He observado —dijo un diablo psicólogo— que la música induce al pecado. La humanidad dispone de pocos y malos instrumentos musicales. Usted, maestro, les puede fabricar alguno mejor. Invénteles un instrumento de una belleza sin igual.

—Me gusta la idea —dijo Lucifer, y, dirigiéndose al diablo encargado de sus relaciones públicas:

1. T. S. Eliot: *Notes towards the definition of culture*. Harcourt, Brace and Co., New York, 1949.

2. Fuente: Luis Roche.

—Anuncia a los hombres que dentro de tres meses les regalaré el instrumento musical más bello que se haya producido en los siglos de los siglos. En la fecha anunciada, la humanidad, llena de curiosidad, esperó la visita de Meser Satanás.

Este, ante el asombro general, llegó con una cajita negra, en forma de urna, de la cual sacó un instrumento diminuto, que dijo llamarse violín.

¡Desilusión general! ¿Cómo era posible que una potencia, nada menos que diabólica, no hubiera podido sacar sino un aparatito que más parecía juguete que instrumento musical?

—No se hagan una opinión anticipada —dijo Satanás quien, como todo el mundo sabe, podía leer en la mente de los que lo rodeaban—. Esperen oír mi violín antes de opinar.

Dicho y hecho. El diablo tomó su arco y, ante la asistencia embebida y luego entusiasmada, hizo vibrar el violín como jamás nadie desde entonces lo ha hecho mejor.

Ustedes se imaginarán cómo sonaría ese violín, ¡y tocado por el diablo!

El concurso de gente maravillada consagró al violín como “rey indiscutible de la orquesta”.

Y van ya más de cuatro siglos que ocupa su trono inaccesible, que ningún instrumento ha podido siquiera disputarle.

Pero contentar a todo el mundo es imposible.

—El violín es precioso —dijo uno—, pero hubiera podido ser mejor.

—Y ¿cómo?

—Guá, quitándole ese tamañito ridículo y haciéndolo mayor.

—Y tú, que eres fabricante de instrumentos musicales, ¿serías capaz de encargarte de eso?

—Desde luego, y me siento seguro del éxito.

—¿Piensas modificar su forma?

—No, ¡eso no!, como éste demostró ser perfecto, lo voy a agrandar solamente.

Y, a los tres meses, el hombre trajo lo que hoy llamamos viola.

Lo probaron, curiosos, ¡y aquello fue un desastre! La viola había perdido toda la tonalidad rica y cálida de los agudos del violín. Por poco la destruyen, y sólo se salvó por la intervención de un conocedor, que hizo notar que serviría para acompañar al violín, como los pajes acompañan a un monarca, sirviéndole de fondo sonoro.

El fabricante de la viola, testarudo, dijo:

—Creo que lo que ha pasado es que hice el nuevo instrumento casi del tamaño del violín. Voy a hacer otro mucho más grande.

Y a los pocos meses trajo el violoncelo.

Gustó por tener sonido muy dulce.

Pero le faltaba brillantez. Era un poco sordo.

Entonces se presentó otro fabricante de instrumentos musicales y opinó:

—Lo que pasa es que hemos sido hasta ahora demasiado tímidos. Nos ha faltado audacia; yo les voy a hacer el violín definitivo. Pero ¡qué violín! De dos metros de altura. Y verán entonces lo que verán. En el tiempo prudencial se presentó el contrabajo. Y puso la torta, pues difícil es lograr instrumento menos armonioso.

Moraleja

El diminuto violín, que era y sigue siendo la perfección, se fue echando a perder a medida que iba creciendo.

Presento mil excusas por esta parábola a los innumerables violoncelos que me leen.”³

Mi padre se quejaba siempre de su falta de memoria —que en realidad era el resultado de una capacidad grande de concentrarse en lo que hacía, bo-

3. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

rrando así todo lo demás. Más que de falta de memoria, tratábase de distracción. J. B. Arismendi me cuenta que Luis “siempre lo apuntaba todo. Siempre llevaba papелitos”, mientras él mismo, Arismendi, hacía todo a base de “pura memoria”.

Como consecuencia de su distracción, Luis era poco puntual. Contaba el siguiente cuento:

MI MEMORIA

“Como soy muy falto de memoria y dejo frecuentemente a los amigos esperándome, he inventado la siguiente salida para excusarme. Digo a los que he dejado plantados:

—Dispénsame, pero tengo tan mala memoria que el día menos pensado le va a suceder a usted lo siguiente:

Algún amigo le dirá:

—¿Tú sabes quién acaba de morir?

—No, ¿quién será?

—Pues Luis Roche.

—¡Qué horror!, si nada más que ayer lo vi en perfecta salud. ¿Qué le pasó?

—Pues era tan distraído que olvidó respirar y murió asfixiado!”⁴

Supo mantener vivo el tema central de su vida: el engrandecimiento y el embellecimiento de Caracas. En eso coincidieron en la forma más natural su interés y sus intereses, lo cual llevó a una revista caraqueña, en un titular, a hacerse la pregunta retórica: “Luis Roche, ¿hombre de negocios o enamorado de Caracas?”

Tenía gran don de gente. Era gregario, y su simpatía fue proverbial. En su presencia las personas se *sentían bien*; Justino Azcárate me relató cómo, recién llegado de España, y hallándose triste y deprimido, diez minutos de conversación con Luis Roche, que apenas conocía, lo convirtieron en hombre nuevo.

Fue un enamorado del clima de Caracas, y del sol, un hombre de alma meridional. Cuántas veces le vi salir de su casa, husmear el aire en la clara mañana caraqueña, suspirar de contento y exclamar: —¡Ay!, ¡qué bello clima!

Hasta sus últimos años conservó esa capacidad de renovado goce del sol y de la naturaleza. En un viaje al sur de Francia, hecho en 1950, escribía: “También tiene la naturaleza un acento meridional, pues el cielo es azul, reina un dulce calor, y, en

4. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

suma, todo proclama la alegría de vivir. Siendo yo mismo más que meridional, pues nací en los trópicos, sostengo la teoría de que la felicidad —o al menos la alegría— se encuentran bajo el imperio del sol.”⁵

Mente ágil, latina, sensible y sensual, mi padre tuvo una naturaleza solar.

5. Luis Roche: *Diario de viaje*. Inédito.

CAPITULO I

ANTEPASADOS

Fueron de cepa francesa los antepasados de Luis Roche. Su abuelo materno, Emile Jacquin, oriundo de Burdeos, llegó a Venezuela en 1858. Era espejero y decorador de oficio; dejando momentáneamente a su esposa en Burdeos, vendió todo lo que poseía y vino, con su gran piedra de azogar, a buscar en nuestro país aplicación para su oficio. Después de un primer tiempo durante el cual dudó poder vender espejos en la Venezuela de aquella época, tuvo la suerte de ser distinguido por Guzmán Blanco. Este, amante de lo bello, y además francófilo, lo utilizó para decorar diversos edificios públicos. Emile Jacquin hizo con sus propias manos el arca en la cual se habían de trasladar los restos del Libertador de la Catedral al Panteón.¹

Diversas anécdotas corren en mi familia acerca de Don Emilio Jacquin. Tenía éste un carácter recio,

1. Se encuentra en el Museo Bolivariano de Caracas. Tengo a mano copia fotográfica de una carta, cuyo original se ha perdido, que reza así: "Caracas, abril 1877. Señor Emil Jacquin. Mui señor mío: nunca creí que la arca que usted hizo para guardar las cenizas del Libertador valiera mil venezolanos, así que no es verdad que yo haya rechazado la cuenta de usted, que no he visto i de que nadie me habló! La tengo por una obra mui buena! usted puede asegurar al Ministro, en mi nombre, que el precio de dos mil pesos sencillos no me parece caro. Soi de U. ato. S. S. Guzmán Blanco."

franco e independiente, muy galo. Su taller estaba situado en el lugar donde ahora se encuentra el Cine Ayacucho, de La Bolsa a Padre Sierra. Con frecuencia Guzmán Blanco paseaba a pie, frente al taller, viniendo de su palacio. Entraba para vigilar el progreso de la obra y, un día, le observó al artista que cierto detalle del arca estaba mal. A lo cual Jacquin respondió que el crítico estaba equivocado y que el detalle *estaba bien*. “¿Cree usted —dijo Guzmán— que yo sea de Baruta?” A lo que contestó de inmediato Jacquin con su fuerte acento francés: “Yo no sé de dónde es usted, mi general, pero de lo que *sí* estoy seguro es que *yo* no soy de Barutá”. Esta respuesta fue escuchada por la familia, y en especial por doña Amelia, esposa de Jacquin, que se encontraba en la casa, y todos se horrorizaron al pensar en las posibles consecuencias. Pero no sucedió nada; Guzmán se tragó el asunto y siguió visitando a Jacquin como si nada. Más tarde mandó a pagar el arca a su debido precio.² Por el lado paterno, Luis Roche descendía de Joaquín Roche, su abuelo, quien emigró a Venezuela alrededor de 1856, partiendo también de Burdeos, pero originario de Aurillac, en el Massif Central. Joaquín estaba casado con una señorita Bernard,

2. Fuente: Margot Paris de Roche.

también oriunda de Aurillac. Una anécdota, contada por Luis Roche, nos suministra una idea del carácter de Joaquín.

MI ABUELO Y LAS GALLINAS

“Mi abuelo paterno, Don Joaquín Roche, vino de Burdeos, hace la friolera de ciento diez años, contratado como obrero técnico. Como era extremadamente inteligente y activo (¡sus nietos cómo hemos degenerado!) bastaron diez años para que, terminado su contrato, se estableciera por su cuenta y hasta fundara una sucursal en Valencia.

En aquella época brillaba por su exactitud el viejo proverbio: “El ojo del amo engorda al caballo”. De ahí que Don Joaquín tuviera que ir frecuentemente hasta la Sultana del Tacarigua a revisar *sus intereses*, como dice la gente; aunque, en verdad era a revisar *su capital*.

Pero ahí está el *quid*. Para ir a Valencia no había entonces ni ferrocarril, ni carreteras, ni mucho menos automóvil. Sólo existía aquel camino en que tanto anduvieran, sesenta años antes de mi abuelo, nada menos que Francisco de Miranda y el General Bolívar.

Eso no era sino el “decorado” del drama, porque esa carretera estaba infestada, mitad por tropas del

gobierno y mitad por las de la revolución. Pues no olvidemos que dichas revoluciones eran tan endémicas entonces como el paludismo. Sus amigos le dijeron a mi abuelo:

—Pero, musíú, ¿cómo se va usted a meter entre gobierno y revolución, y para colmo a caballo? ¡Le van a quitar la bestia en lo que usted espabile!

Don Joaquín, con la malicia que lo caracterizaba, se dio a escoger un penco que hubiera podido servir de modelo en una clase de anatomía equina, tal era su estado de flacura. Hueso y piel, y la indispensable carne para quedar vivo unas pocas horas. Apariencia, no más, pues fueron varios los viajes de ida y vuelta que hizo a Valencia, cargando en sus lomos a mi audaz abuelo.

A los soldados les provocaba “nacionalizar” la bestia. Pero ¿para qué? si se les iba a morir en las manos, creían ellos.

Pero tanto va el cántaro al agua... hasta el día en que algún sargento diose cuenta de que sí servía para algo el rocín. Mandó rudamente que se apeara Don Joaquín, le ató las muñecas y lo llevó al Coronel, seguramente que “por falta de respeto a la autoridad”.

En el recorrido, el prisionero y su guardián se tropezaron con un pequeño grupo de tres o cuatro sol-

daditos desarrapados, medio muertos de hambre, quienes trataban de prender una candela entre cuatro piedras, para cocinar su almuerzo.

Mi abuelo había hecho campaña, supongo que como soldado raso, en la lejana conquista de Argel. Además, era de Burdeos, tierra del buen comer. En fin, se distinguía por su agudeza de espíritu.

—Muchachos —dijo con su terrible acento francés—, ¿ustedes quieren hacer una comida sabrosa?

—Guá, musíú, ¡ya lo creo!

—Entonces, me sueltan y se acordarán de mí.

Dicho y hecho, a lo cual el musíú les dijo:

—Ahora, mientras busco por aquí ciertas hierbitas, ustedes me consiguen unas gallinas.

Pedirle unas gallinas a miembros del gran partido liberal era darles en la vena del gusto. Permítaseme aquí un paréntesis filosófico: observen la deliciosa dulzura de aquellas costumbres. Los godos rojos (hoy los rojos son los comunistas) sólo le reprochaban a sus enemigos los liberales amarillos, como crimen supremo, el ser *ladrones de gallinas*. Hoy, con la *civilización*, la última guerra costó 30 millones de muertos, entre ellos más de la mitad de civiles inocentes, en gran parte mujeres y niños.

Mas, volvamos a mi abuelo.

Al poco rato regresaron los cuatro soldados y el sargento con una gallina en cada mano. Mi abuelo, sorprendido con tanta abundancia, le torció el pescuezo a dos gallináceas y le preparó a sus invitados una *poule à la Marengo* que ellos no habían comido ni en sueños.

Si se agrega que el sargento contribuyó al festín con un litro de caña y mi abuelo con una serie de divertidos chistes, no será extraño que al final de la comida todos se abrazaran como hermanos.

Total, al musiú le devolvieron su bestia y le regalaron en gesto de amistad las ocho gallinas que sobraban. Y fue así como Don Joaquín Roche hizo, hace muchísimos años, una entrada triunfal a Caracas.”³

Don Emilio Jacquin logró acomodarse bastante bien en Caracas y consiguió comprar una propiedad en Quebrada Honda, precisamente en la vecindad del actual Colegio de Ingenieros. Allí construyó, como negocio, cuatro quintas, tres de las cuales alquiló, y la otra la habitó. Aquellas quintas eran de zinc, con fines “antisísmicos”.

Iba allí con frecuencia la familia de Emilio a temperar. Luis Roche recordaba más tarde que, de-

lante de la casa, pasaban arreos de burros y de mulas, que se dirigían hacia el Este, precedidos por el *burro campanero*. En época de lluvia, se formaba un gran pantano, en el que se hundían las patas de las recuas; al sacarlas, para avanzar penosamente, hacían un sonido de húmeda succión.

El padre de Luis Roche fue Don Emilio Roche, llamado familiarmente *pépé* (diminutivo de *abuelo* en francés). Era Don Emilio un hombre de sólida constitución, de faz rubicunda, de cráneo calvo —marca de fábrica de la familia, decía Luis—. Tenía una naturaleza comunicativa y agradable, al mismo tiempo que ostentaba costumbres simples y hasta austeras. Nació en Caracas, en la esquina de La Gorda, y vivió por más de 50 años en la capital, que amaba. Gustaba de la sociedad del hombre, y, en particular, de la gente sencilla. En el *quartier* de París donde vivió más tarde, cultivaba la amistad del barbero, de la señorita del correo y del cura, que él estimaba por su condición de hombre, pese a su propio agnosticismo. Era muy querido por los niños; en las vacaciones de playa, durante el verano, cuando aparecía con su sombrero de Panamá, su cuello duro, su chaleco y su bastón, los niños lo rodeaban y le pedían que organizara juegos. El se sentaba, satisfecho y sonreído, sobre una silla de lona, apoyaba ambas manos sobre su bastón

3. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

fijado en la arena entre sus piernas, decía, con un suspiro de satisfacción, citando a Víctor Hugo: “¡Ah! ¡l’Art d’être grand-père!”, y los juegos comenzaban.

Hasta 1920, Don Emilio dirigió el almacén de Roche y Cía., de Gradillas a Sociedad; se retiró luego, dejando la dirección a sus hijos y se fue a Francia, donde permaneció hasta 1940, momento en que regresó debido a la guerra.

En Francia habitaba una casita de campo en Versailles; sus pasatiempos eran la carpintería y la jardinería. Recuérdolo con su gorro negro y su delantal azul, sembrando, podando e injertando; o maldiciendo los *escargots*, que se comían las plantas. Agarraba los babosos animalitos y los lanzaba, con gesto rabioso, contra una pared de piedra, donde se espachurraban con sonido mate. Porque, tras su amable naturaleza, yacía latente en el carácter de Don Emilio —como en todos nosotros los Roche—, una tendencia a la cólera repentina, herencia probable de los galos de Auvergne, fuego de paja que no dura.

Gustaba Don Emilio del cine; después de su regreso a Venezuela en 1940 con mucha frecuencia salía después del almuerzo para dirigirse, en tranvía, al centro, donde entonces se daban los es-

trenos —en el *Rialto*, en el *Ayacucho*, en el *Principal*—. Terminado el *matinée*, volvía invariablemente a pie, hasta Los Caobos, donde vivía. Sombrero de fieltro gris, chaleco, cuello duro y bastón —siempre igual—, saludaba de paso a los amigos, que eran muchos, y regalaba uno que otro dulce a los pillos, que bien lo conocían.

La madre de Luis, Doña Blanca, o *mémé*, como la llamábamos nosotros, era mujer pequeña, en apariencia un poco áspera de carácter. Era autoritaria, muy dada a la disciplina y al orden; vestía siempre de blanco y negro, algunas veces de morado. Me crié durante mucho tiempo con ella y tengo de la *mémé* de mi infancia una imagen severa y hasta desagradable: nos obligaba a *comer de todo*; nos castigaba —nunca corporalmente— a la menor infracción. La imagen que tengo de ella hacia el fin de su vida, ya regresada a Caracas, y cuando su jurisdicción sobre nosotros había cesado, es totalmente diferente. Detrás de su austeridad ocultaba un alma bondadosa y un espíritu amplio y abierto a todo. Su mente curiosa no estaba sujeta a ningún tipo de prejuicio ni de mezquindad y siempre aceptaba con simpatía una nueva idea o con indulgencia una nueva manera de ser.

Luis heredó de Don Emilio su sana constitución física, libre de hipocondría, su rectitud, su honradez, su buen humor y su don de gente, pero —qui-

zás afortunadamente— no su conservatismo y su parsimonia. De su madre, la templanza del carácter y (paradójicamente, para los que conocieron mal a la *mémé*) una visión liberal y amplia de los hombres, pero no la austeridad de su carácter.

CAPITULO II

INFANCIA Y MOCEDADES

De la unión de Emilio Roche y Blanca Jacquin de Roche nacieron: Pablo, Carlos, Luis, Jorge, María Teresa, Juanita y Mauricio.

Luis nació en Caracas, en la Calle Sur 6, N° 72, el 20 de noviembre de 1888¹, siendo asistida su madre por el Dr. Francisco Antonio Rísquez, joven y brillante médico de 32 años.

A los tres o cuatro años de nacido Luis, sus padres viajaron a Francia, llevando con ellos al párvulo. Toda su vida de niño y de adolescente fue un ir y venir entre su país natal y Francia, como más tarde lo iba a ser la mía.

Según anécdotas familiares, se puede colegir que el pequeño Luis tenía gran vivacidad, y mucha habilidad dialéctica (su padre lo apodaba “maître discutard”); ya era célebre por su *humor* y por su *buen humor*. En una oportunidad —tenía entonces más o menos cinco años— se le atravesó en la calle

1. Registro Civil correspondiente a 1888, folio 115, Parroquia Santa Teresa. Fue bautizado en la Iglesia de Santa Ana el 6 de enero de 1889, y sus padrinos fueron Guillermo Alberto Roche y María Amelia Jacquin.

y sus hermanos Carlos y Jorge quitaban la carrocería (carrocería y chasis se vendían entonces por separado), reemplazándola por un gran cajón, que hacía asemejar el vehículo a un automóvil de carrera. En esa forma recorrían *El Paraíso* a toda velocidad, espantando a los buenos burgueses de entonces y haciéndose insultar por ellos: “¡Esta juventud de hoy...!”⁴

Luis tocaba violoncelo en las tertulias caraqueñas y, de vez en cuando, en funciones teatrales. Poseo el original de un programa de una fiesta de caridad, efectuada en el Teatro Municipal el 19 de febrero de 1916. Era una función variadísima, con cuadros vivos sobre música de Schumann *El Sueño de Europa*; con *El Bolondrón* (música del Príncipe Carnaval) cantado por el niño Pedro Luis Hermoso; recitación de Genio Alegre de los Hermanos Alvarez Quintero, por Ana Julia Rojas Hernández, etc., etc. En una segunda parte, aparecía *Bohème* de Leoncavallo⁵, dúo por las señoras Enriqueta de Martínez Sánchez e Isabel de Pérez Dupouy, acompañado por

4. Fuente: Carlos Roche. Tengo a mano el permiso de manejar de mi padre obtenido en Versalles, y extendido por el Contralor General de Minas (1), con fecha 21 de junio de 1912, para licencia de manejo de “carros a petróleo”.

5. Efectivamente, se trataba de *Bohème* del referido compositor, presentada por vez primera en el teatro La Fenice de Venecia, el 6 de marzo de 1897, algunos meses después de la ópera de Puccini, más conocida, con el mismo título.

los señores José Manuel de los Ríos, violín; Luis Roche, violoncelo, y Heriberto Tinoco, piano.

Los gustos musicales de Luis Roche no llegaron a ser muy cultivados, ¿cómo podían serlo con la escasa ocasión que tuvo, en sus mocedades y aún más tarde, de escuchar música? En 1927, en la “Quinta Risueña” de El Paraíso, poseíamos una pianola; recuerdo que yo, corto de edad y de centímetros, propulsaba los pedales con las manos, arrodillado sobre la alfombra de la sala. Veo aún, con extraordinaria claridad, aquellos pedales que subían y bajaban, mientras sonaba por encima de mi cabeza *El Millón de Arlequín* o el *Coro del Yunque* de Aída.

Papá oía con agrado la música que llamaba “melodiosa”, en especial los melodramas italianos. Pero su instinto musical era más desarrollado que lo común. Poco conocedor del contexto musical histórico, hablaba sin embargo con verdadera exaltación de un concierto de obras de Vivaldi que le tocó oír en el Palacio de los Dogos de Venecia; lo acompañé a varios conciertos y observé que se deleitaba con obras como el *Cuarteto de Cuerdas* de Ravel, el *Concierto para Piano* del mismo, el *Concierto en La para Violín* de Mozart, y la *Consagración de la Primavera* de Strawinski.

Alrededor de 1950, durante su estadía en París,

Luis Roche se entretuvo escribiendo cortos ensayos en que describió las diversas voces de la orquesta. Permanecieron inéditos; cito a continuación algunos extractos traducidos por mí del francés original donde se nota claramente, aderezada con ropajes románticos, la sensibilidad musical de Luis.

“Aunque los llaman cobres, deben ser de oro. Sus voces, cálidas y fragorosas, evocan la plenitud de un sol de verano, el júbilo de espléndidas cosechas, las ovaciones de un regreso triunfal. . .

La flauta teje un hilo musical, puro y frío como el cristal. ¿Será porque este instrumento no es más que un tubo agujereado que el flautista toca sólo con la punta de los labios?

El oboe, con su tono dulcemente azucarado, mezcla sus acrobacias sonoras a las de sus vecinos; mas, de repente, se lanza y, con incomparable gracia, brincotea y baila con ligereza sobre el cojín multicolor que forma para él toda la orquesta. . .

Y, por encima de los instrumentos, el más menudo pero el más maravilloso de todos es la batuta del director. Aunque frágil, se le reconoce sin embargo una autoridad suprema. Los cien obreros de la orquesta, doblados sobre su tarea, le obedecen ciegamente.⁶ Puede parecer un tanto despótico a los su-

6. En el francés original: “lui obéissent comme à la baguette”.

yos; pero para nosotros es realmente la última de las hadas buenas. Nos hace creer —¡ay de mí!, por pocos momentos— que en la tierra reinan aún la grandeza, la dulzura y la belleza.”

Pasada su infancia y primera juventud, parte en Caracas y parte en Francia, tuvo Luis su primera experiencia de “los negocios” en el almacén de su padre, junto con sus hermanos. Vivió una alegre primera juventud; con su palabra fácil y su carácter alegre, fue Luis un feliz compañero de fiesta y de baile. Tuvo sus “conquistas” en la Caracas de entonces, pero sobre esto la crónica familiar ha conservado poquísimos detalles específicos.

La gran guerra del 14 iba a transformar aquella vida, llevándolo a conocer la que habría de ser su compañera hasta la muerte.

CAPITULO III

MATRIMONIO

Hasta mi propia generación, mi familia ha conservado nexos de honda simpatía con Francia. Mi padre, criollo hasta la médula, y, como escribía él mismo, “tan venezolano como el fiado y la mamera de gallo”, sintió sin embargo la necesidad de alistarse en las filas francesas al comenzar la primera guerra mundial.

El 22 de agosto de 1914, tres semanas después de la declaración de guerra, Luis Roche se presentó espontáneamente, con su hermano Carlos, ante la Legación de Francia, para ponerse a la disposición de las autoridades militares. De acuerdo con el documento extendido por el representante de Francia, demostró ese día su naturaleza impulsiva y entusiasta.

“... decidiendo salir, a costa suya, en el barco norteamericano de pasado mañana, con el fin de unirse al ejército lo más `antes posible.”¹

A su llegada a Francia lo esperaba una decepción (¡a la cual nosotros, sus hijos, posiblemente de-

1. Carta del 22-8-1914, firmada por Jean Fabre, Ministro de Francia en Venezuela. Archivos particulares.

bamos nuestra vida!). El Consejo de Revisión de Libourne, cerca de Burdeos, aplazó su ingreso al ejército, por no tener ni la estatura ni el peso requeridos.

Su amigo, José Joaquín Paris, de Maracaibo, le había confiado un recado para su novia, Clara Dugand, de familia franco-colombiana, residenciada temporariamente en París. Luis se presentó en casa de los Dugand, 6 Avenue du Général Detrie, en el 7º arrondissement, para visitar a Clara y a sus hermanos. Al salir de su primera visita, a su propia hermana María Teresa, amiga también de los Dugand, quien le preguntó cómo le parecían las hijas de Don Víctor Dugand (eran seis, y seis los hermanos) le dijo: “¡Me casaré con la vestida de rojo!”. La vestida *de rojo* era Beatrice².

Terminada su visita, Luis dejó olvidado su paraguas en casa de los Dugand; esto lo interpretaron algunas de las hijas Dugand, como señal de que quería volver. Así fue, en efecto, y Luis comenzó a invitar a Beatrice, debidamente acompañada por alguna hermana, o por su madre, a paseos y salidas por la capital de Francia.

Cada quince días, Doña Reyita de Dugand, madre de Beatrice, *recibía* en su apartamento, según la

2. Fuente: Beatrice Dugand de Roche.

costumbre francesa, y Luis no faltaba nunca en esas reuniones. Visitaba y cortejaba a Beatrice, y siempre traía sus fotografías para mostrarlas. En efecto, ya para la época Luis era muy aficionado a ese arte, que había de cultivar hasta sus últimos años. Ejecutaba en 1913 fotografías estereoscópicas; fue más tarde uno de los primeros en Caracas en utilizar la Rolleiflex, alrededor de 1929 y, aún más tarde, la fotografía en color. Revelaba y ampliaba sus propias películas, con especial cuidado y esmero, y con evidente sentido artístico. Las fotografías más antiguas que poseemos de él son de 1930: las ejecutó en un viaje que realizara a través de Alemania, Austria y Checoslovaquia. Tienen, como todo lo de Luis, a cierto romanticismo sentimental, agregado de algo de barroquismo, pero son de una gran belleza natural. En sus ampliaciones, Luis utilizaba marcos ovalados o redondos, muy de la época, pero maravillosamente bien adaptados a los sujetos. Una de esas fotografías está reproducida en este libro (pág. 3 de ilustraciones).

Siguieron, durante 1914 y parte de 1915, en plena guerra, las visitas de Luis Roche a Beatrice, pero siempre en medio de una multitud de acompañantes. Era difícil, en aquellas circunstancias, declararse. Pero no imposible. Luis combinó la estrategia con su hermana María Teresa. Invitó a Beatrice a un paseo por l'Avenue de l'Opéra; Clara, la hermana

de ésta, hizo de “chaperona” acompañada por María Teresa; Luis y Beatrice caminaban delante, las dos acompañantes detrás, arreglándose las María Teresa para aumentar la distancia poco a poco. Cerca de la esquina de l’Avenue de l’Opéra y de la rue de l’Echelle, Luis se le declaró a Beatriz y fue aceptado por ella. Comunicaron felices la noticia a las respectivas hermanas, y todos fueron a celebrar el acontecimiento en el restaurant del Pré Catelan, en el Bosque de Boloña ³.

Luis le hizo a Beatrice una corte intensa, cariñosa y sentimental. Le regaló, dedicada en francés, una novela de André Lichtenberger, *Petite Madame*, que relataba los deliciosos acontecimientos de dos recién casados, Jotte y Jacques. En su dedicatoria del 10 de febrero de 1915, y en sus comentarios marginales, Luis empleaba aún el *vous* francés, respetuoso y tierno a la vez (que me permitirá traducir por el *tú* castellano, más de acuerdo con el tono de los comentarios). Le pedía a su novia que leyera el libro “lentement, minutieusement, tendrement; vous connaîtrez ainsi une adorable petite personne avec qui vous avez mille et un points de ressemblance. Bien des aspects de sa personnalité sont clairement apparents dans la vôtre: une soif immense de dévouement et de tendresse, un besoin d’être gui-

3. Fuente: Beatrice de Roche y Germaine Griveau.

dée, protégée, un amusement à se faire doucement gronder, une inquiétude puérile pour tous ceux que vous aimez... n’est-ce-pas, c’est bien vous, tout ça? Mais d’autres choses encore qui sont en elle sont aussi en vous, seulement elles sommeillent en quelque sorte, les ailes engourdies. Il faudra les réchauffer doucement, et tout à coup, vous verrez, elles s’élèveront un jour devant vos yeux étonnés dans un vol merveilleux qui nous mènera tous deux en des régions enchantées où jamais encore vous n’avez pénétré.

L’auteur a fait de Jotte une délicieuse et mignonne poupée, un charmant petit comptable, une maitresse de maison gentiment importante, une amoureuse mutine comme une fée, câline comme une chatte, aimante comme une femme, mais il a oublié, ce me semble, un point qui la rend incomplète: la vie de Jotte se divise entre l’amour de son mari et les soins de son ménage, elle ne semble pas donner la plus petite place en son âme aux belles choses. Ni musique, ni lecture, ni entretiens élevés et intelligents. Un Jacques qui serait vraiment raffiné et délicat devrait vouloir que sa Jotte le fût autant que lui. Que de merveilleuses rêveries n’évoque-t-on pas à deux, que de conversations exquisas dans la pénombre, que de voyages enivrants sur les ailes de la musique...

D'ailleurs vous le verrez un jour!"⁴.

Aprovechaba Luis las incidencias de la novela para manifestar a Beatrice su amor y admiración, y para aleccionarla suavemente. Lichtenberger describía las muchas cualidades físicas y morales de Jotte, y Luis comentaba: "Il y a tout cela en vous et avec quel bonheur ne découvrirai-je pas toutes ces Jottes différentes dans *ma* Jotte à moi!"⁵.

Un poco más allá: "Jotte possède une des qualités les plus captivantes: la sensibilité; mais non la sensibilité qui ne s'émeut seulement qu'à la vue d'une

4. "lentamente, minuciosamente, tiernamente; conocerás así una adorable mujercita con quien tienes mil y un parecido. Muchos aspectos de su personalidad están claramente presentes en la tuya; una sed inmensa de abnegación y de ternura, una necesidad de ser guiada, protegida, un recrearse en aceptar suaves reprimendas, una inquietud pueril por todos los seres queridos... todo eso, ¿no lo eres tú misma? Mas otras cosas, que están en ella, se encuentran también en ti, pero allí duermen, por así decir, con las alas entumecidas. Habrá que recalentarlas poco a poco y, de pronto —verás—, se levantarán un día, ante nuestros ojos atónitos, en un vuelo maravilloso que a ambos nos llevará hacia regiones encantadas, donde jamás has penetrado.

El autor hace, de Jotte, una deliciosa y graciosa muñeca, una encantadora contable, una ama de casa dulcemente importante, una amorosa, traviesa como un hada, mimosa como una gata, amante como una mujer; pero ha olvidado, me parece, un punto que la hace incompleta: la vida de Jotte se divide entre el amor de su marido y los cuidados de la casa, y no parece dar el más pequeño puesto en su alma a las bellas cosas. Ni música, ni lectura, ni conversaciones elevadas e inteligentes. Un Jacques que fuera verdaderamente refinado y delicado, debería desear que su Jotte lo fuera igual que él. ¡Cuántos maravillosos sueños se pueden evocar entre dos!, ¡cuántas exquisitas conversaciones en la penumbra!, ¡cuántos viajes embriagadores en alas de la música!...

Por lo demás, ¡tú lo verás algún día!"

5. "Hay todo eso en ti, y ¡con qué felicidad descubriré yo todas esas diversas Jotte en *mi* Jotte!"

joie ou d'une douleur (ce n'est alors que de la bonté) mais aussi l'autre, la plus rare, la plus délicate et la plus raffinée; celle qui la rendra toute rêveuse devant un soleil mourant ou un clair de lune glacé, toute vibrante parmi les sanglots d'une belle sonate, toute enthousiaste devant les évocations d'une belle pièce de vers.

Et c'est cette sensibilité qui la fera si attrayante et si nouvelle auprès de Jacques qu'il lui semblera chaque jour découvrir un nouveau recoin secret dans l'âme de sa Jotte chérie"⁶.

Y, en otra página, escribía Luis: "La femme doit mélanger à sa tendresse un grain d'admiration qui n'existera qu'autant que l'homme lui sera supérieur; mais encore faut-il qu'elle même ne lui soit guère inférieure, ni en intelligence, ni en raffinement, ni en délicatesse, car alors l'homme arrivera à ne plus voir en elle qu'une ménagère et une maîtresse, au lieu d'une épouse, d'une compagne et d'un soutien

6. "Jotte posee una de las cualidades más cautivantes: la sensibilidad; mas no la sensibilidad que sólo se conmueve a la vista de una alegría o de un dolor (es entonces solamente bondad) pero también la otra, la más rara, la más delicada y refinada; aquella que la pondrá a soñar ante un sol poniente o un claro de luna helado, conmovida ante las lágrimas de una bella sonata, entusiasta ante las evocaciones de un hermoso poema.

Y esa sensibilidad la hará atractiva y tan nueva a los ojos de Jacques, que le parecerá cada día descubrir un nuevo y secreto rincón en el alma de su querida Jotte."

aux heures grises où la tristesse vient s'asseoir au coin du foyer..."⁷.

Al describir el autor la manera de vestirse de Jotte, Luis agregaba en el margen: "Jotte essaie d'être *toujours* mise avec chic sinon avec luxe car son mari est un raffiné qui aime les jolies choses et qui serait peiné et en quelque sorte froissé de lui voir un vêtement, un chapeau, n'importe quoi qui ne lui allât parfaitement"⁸; e insiste una vez más, algunas páginas más allá: "Si Jotte s'habillait toujours bien avant son mariage, elle s'habille encore mieux depuis: *avant*, il fallait conquérir un mari, chose facile pour une Jotte, mais *depuis* il s'agit de le conserver. Il faut donc que jamais son Jacques ne la voie ni négligée ni mal habillée"⁹. ¡Hay que añadir que Beatrice cumplió, aun después de la muerte de su Luis, con la recomendación!

7. "La mujer debe mezclar a su ternura un grano de admiración, que sólo podrá existir si el hombre le es superior; pero ella, por su lado, debe serle apenas inferior, en inteligencia, en refinamiento, en delicadeza, pues, de otra manera, el hombre llegaría a ver en ella sólo la mujer de su casa y la querida, en vez de la esposa, la compañera y el apoyo en las horas grises en que la tristeza viene a sentarse en el hogar..."

8. "Jotte procura estar *siempre* vestida con elegancia, si no con lujo, pues su marido es un refinado, que ama las cosas bellas y que se sentirá afligido, y en cierto sentido ofendido de verle puesto un vestido, un sombrero, cualquier cosa, que no le quede perfectamente bien."

9. "Si Jotte se vestía siempre bien antes de su matrimonio, se viste mejor aún después; *antes*, había que conquistar a un marido, cosa fácil para Jotte, mas *después* había que conservarlo. No debe Jacques, por tanto, nunca verla ni descuidada ni mal vestida."

Luis, con su carácter abierto y jovial, había causado grata impresión desde el principio al padre de Beatrice, don Victor Dugand; pero no se sabía nada del joven venezolano y era preciso investigar. Solicitada la mano de Beatrice, don Victor Dugand le pidió a Luis que se alejara a Niza hasta que volvieran de Caracas las informaciones requeridas, lo cual demoró unas seis semanas. Habiendo sido éstas favorables, se celebró el compromiso.

Poco tiempo después, Luis zarpó de Saint Nazaire, el 17 de febrero de 1915 y regresó a Caracas, para arreglar algunos asuntos en su ciudad natal. Volvió a Francia en 1916 y, aunque su intención fuera casarse, se presentó de nuevo ante la Comisión de Reforma del ejército francés, el 2 de mayo de 1916, y fue una vez más aplazado¹⁰.

El 15 de junio de 1916, Beatrice y Luis celebraron matrimonio en la Iglesia Saint Pierre du Gros Cail-loux, rue Saint Dominique, en París.

Después de una luna de miel en Lausanne, regresó a Caracas Luis con su joven esposa, en agosto de 1916. Esta vez, debido a la guerra submarina, se encontraron solos en el barco y fueron escoltados durante varios días por dos contratorpederos de la marina francesa¹¹.

10. Constancias en archivos personales.

11. Fuente: Beatrice de Roche.

Llegados a La Guaira, en el camino del puerto a la capital, los sorprendió un aguacero tropical tremendo en aquella angosta carretera de montaña, que tenía 365 vueltas y curvas¹². Beatrice, angustiada, presentó derrumbes y cascadas de lodo que cortaban el camino. Pero Caracas acogió con tiempo sereno a los recién casados, quienes, a su llegada, se alojaron en casa de Don Emilio y Doña Blanca que vivían, entonces, de Reducto a Miranda N° 28, en una casa alquilada a Eugenio Mendoza, padre.

En la misma cuadra vivían Melchor Centeno Grau, el General Riera, la familia de Andrés Eloy Blanco y Laureano Vallenilla, padre; con todos ellos mis padres hicieron buena amistad.

En 1919, se retiró Don Emilio de los negocios, dejando su almacén en manos de Luis y Jorge. En la casa de Reducto a Miranda nacieron los tres primeros hijos de Luis: Liliane, Marcel y Beatriz, en 1917, 1920 y 1923, respectivamente.

Aquí entra esta historia en el campo del recuerdo de mi propia vida, pues, cuando cierro los ojos, vislumbro la casa donde transcurrieron mis seis primeros años. La calle, aunque céntrica, era tran-

12. Contadas más tarde por mi tío y padrino, Armando Dugand, científico y naturalista, y amante de lo cuantitativo. A esta nota al pie de la página, añadió Armando Dugand, al leer el manuscrito de este recuento: "¡más bien amante de lo *cualitativo* en cuanto sea *buena calidad*, y simple anotador de lo cuantitativo, malo o bueno! A. D. G."

quila, transitada de cuando en cuando por un coche de dos caballos y por uno que otro vehículo de motor. La casa era de corte caraqueño clásico, con su zaguán, sus dos patios separados por el comedor y rodeados de habitaciones contiguas, y, en la parte de atrás, por un amplio corral. ¡No faltaban las tradicionales cucarachas y alacranes! El primer patio estaba lleno de vegetación, y tenía en el centro una pilita. De olores y colores recuerdo poco; en la sala, al lado de las tres ventanas que daban a la calle, predominaba el morado; y, pensando en el corral, siento que me viene a la nariz el olor, y a la boca el sabor de guayaba.

Recuerdo también el piano, cubierto con mantilla española, a la usanza de entonces; recuerdo el toque suave y romántico de mamá. Su pieza favorita era *Le lac de Côme* (opus 24) de C. Galos; la había tocado mucho en París cuando era soltera; tanto, que sus hermanos se burlaban de ella... Ya casada, seguía con su especial afición por la pieza. Estaba tocándola un día, mientras su hermana Rita seguía las notas a su lado, cuando de repente, ésta dejó escapar un grito de sorpresa: "¡Beatrice! ¡Fíjate! ¿Has visto a quién está dedicada la pieza?" Y Beatrice se dio cuenta, por primera vez, que *Le lac de Côme* llevaba esta dedicatoria: "A Madame Louis Roche." ¡Anécdota que transmito para

todos aquellos que creen en el *Retorno de los Brujos!*¹³

Nuestra familia vivía la vida apacible de entonces; los niños, en la tarde, íbamos a jugar a la plaza Miranda, muy cercana; en julio y agosto, se *temperaba* en Los Chorros, en la quinta Lourdes de la Avenida Principal, que existe aún. Algunas visitas y paseos en coche, uno que otro espectáculo, y bastante trabajo, aunque a ritmo relativamente reposado.

La joven esposa de Luis, recién venida de París, muy activa y dotada de un gusto exquisito y original, con los pocos recursos disponibles *arregló* la casa de Reducto. Puso cortinas, alfombras, bonitos muebles; de tal suerte que la casa atrajo la admiración de los caraqueños.

En 1924 se mudan Luis Roche y su familia a casa propia, de Curamichate a Viento, y comienza una época de frecuentes mudanzas, acordes con el temperamento inquieto y emprendedor tanto de Luis como de Beatrice. Estas mudanzas, además, explican el aumento precoz de un pequeño capital inicial. En efecto, Luis y Beatrice disfrutaban decorando sus casas, según la última moda, y con buen gusto que

13. Fuente: Beatrice de Roche. He verificado la dedicatoria en el original, Edição Valentim de Carvalho, Rua Nova do Almada 97, Lisboa, prestado gentilmente por Margot de Roche.

entonces no era frecuente en Caracas. Dan grandes fiestas a sus amistades, y pronto alguien les propone comprar la casa, *con todo lo que tiene dentro*. ¡Venta! Nueva casa, nuevo arreglo, ¡nueva venta! Y así pasan los esposos Roche y sus hijos, en una alegría de mudanzas, de nuevas decoraciones, de ambientes siempre cambiantes: de Pepe Alemán a Delicias, Nº 36 en 1927; en 1928 a la Quinta *Risueña*, primera casa propia construida por Luis Roche (existe aún, con el nombre de *Ismenia*, en la avenida Carabobo del Paraíso). Luego, a medida que Luis va desarrollando nuevas urbanizaciones y al compás de la fortuna que, hasta 1940, sube y baja al ritmo de las crisis y bonanzas, los Roche ocupan la Quinta *Airosa*, la *Mejorana* en la avenida Los Pinos de la Florida, *Antañona*, avenida Los Naranjos, *Marilú*, en la misma avenida, *Triana*, en la avenida Las Acacias, *Solariega* en la avenida Los Pinos de la Florida, *Solariega* en la calle Mohe-dano del Country Club, el Edificio *Altamira* en la Plaza Altamira y por último *El Escampadero* en Altamira.

Es parte de mis recuerdos de infancia la atmósfera que rodeaba entonces la política; una atmósfera de temor ante Juan Vicente Gómez. En casa, cuando se hablaba del Gobierno, se usaba el idioma francés, para evitar que el servicio entendiera, pues las denuncias eran frecuentes. Nos referíamos a Gómez,

en clave familiar y conocida por nosotros nada más, como a *Esteban*. Como higiene mental, el venezolano, y en especial el caraqueño, hacía rodar multitud de cuentos acerca del dictador, algunos de los cuales fueron recogidos por mi padre. Los ofrezco aquí con palabras del mismo Luis Roche. Reflejan el espíritu caraqueño, burlón y destructor, que para defenderse de la imagen terrible del andino, lo mostraba como inculto provinciano, y tonto además —¡característica muy alejada de la realidad!

CUENTOS DEL TIEMPO DE GOMEZ

“Contaban que el «amigo Galavís» le regaló un día a Gómez un lindo bastón de carey con puño de plata. Una vez probado, éste resultó un poco largo. Visto lo cual, Galavís recomendó que le quitaran el regatón, disminuyéndolo así de cinco centímetros.

Pero el General advirtió, con su típico acento andino:

—¡Ajá! no lo recorten de abajo porque es de arriba que está largo...”

“Es clásica la célebre nota indicativa de cómo se hacían las revoluciones en Venezuela:

—Le mando veinte *voluntarios*. Devuélvame los mecates.”

“Cuando Gómez, en compañía de su compinche Cipriano Castro, hizo su entrada en Caracas, sus trastes estaban en pésimo estado. Sus zapatos, en particular, tenían sendos agujeros.

—¿Cómo haré para comprar unos nuevos? —preguntó Gómez.

—Pues, General, eso es muy fácil. Aquí en Caracas puede usted pedirlos hasta por teléfono.

—¡Es que no sé usar esos aparatos!

—Usted descuelga el auricular, le da vueltas a la manilla, y al comunicarse con la zapatería, pide lo que le conviene.

Dicho y hecho. Descolgó el General el extraño aparato, le dio rápidas vueltas a la manigueta, y oyó una voz misteriosa que le preguntaba:

—¿Qué número?

A lo cual el General, asombrado por tanta eficacia, contestó:

—¡44 anchito!

Este cuento que circuló hace cosa de 45 años, es decir, alrededor de 1920, quizás no lo entiendan las generaciones jóvenes que sólo conocen los modernos

teléfonos automáticos y no tuvieron que tratar con las señoritas telefonistas, que tantas «bendiciones» se atraían cuando los teléfonos andaban mal o peor que de costumbre.

“Telegrama del General Gómez a un Jefe Civil del interior:

—Allá le va el Coronel Olivares como Secretario de su Jefatura Civil.

Contestación del Jefe Civil:

—Siento informarle que el Coronel Olivares no sabe escribir.

Recontestación del General Gómez:

—Pues, cédale la Jefatura y ocupe usted la Secretaría.”¹⁴

Fue también aquella la época en que la explotación del petróleo apenas se iniciaba y poquísimos norteamericanos se veían en Caracas. Cuenta Luis Roche:

“Aunque parezca inverosímil, yo conocí el tiempo en que el Ministro de los Estados Unidos convocaba toda la colonia norteamericana con un solo teléfono; pues dicha colonia la componía un solitario norteamericano: Mr. William Phelps. Luego, la co-

14. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

lonia se duplicó con la llegada de otro norteamericano: Mr. Rudolph Doldge, dueño de la lavandería americana. Realmente increíble!”¹⁴

Alrededor de 1928, en un folleto de publicidad de la Urbanización La Florida, mi padre calificó la carretera del Este de entonces de “angosta, pueblerina y peligrosa”. Fue llamado por Gómez a Maracay, ante la consternación de toda su familia. Lo recibió el Benemérito, y se limitó a decir: “¡Ajá!... ¡cómo que no le gustan mis carreteras!” Papá salió del paso como pudo, con su *labia* habitual, y no se volvió a hablar del asunto.

“Sea como fuere, la audacia surtió efecto porque unos meses después dicha carretera fue providencialmente ensanchada no sólo por obra del doctor Alvarez Feo sino mediante nuevas instancias de Roche, instancias esta vez... más discretas!”¹⁵

Así fue Luis preparándose para su papel de urbanizador. Nacidos ya tres de sus hijos, descubrió en 1929¹⁶ su vocación, la de ayudar a construir la moderna Caracas, una Caracas insospechada en aquella época.

15. J. Emleurgir: *Un pionero del urbanismo*. “El Universal”, 14-11-1943.

16. Luis y Beatrice, con sus dos hijos mayores, fueron a Barranquilla en diciembre de 1928 para asistir al bautizo de un sobrino, hijo de Armando Dugand. En Barranquilla existía ya el amplio y moderno barrio de “El Prado”, que llamó poderosamente la atención de Luis. Le comentó a su cuñado Armando que bien valía la pena intentar algo igual en Caracas, para sacarla de su *cascarón* colonial. Armando Dugand piensa que el embrión de la idea urbanizadora de Luis Roche en base a *ciudad jardín* ocurrió ese día.

CAPITULO IV

LAS GRANDES URBANIZACIONES
I. SAN AGUSTIN, LA FLORIDA

"...esas empresas, aparentemente alocadas, pero prácticamente seguras, a que tanto soy aficionado" (Luis Roche, *Abundancia y Prosperidad*, "El Universal", 12-1-1952).

Alrededor de 1922, ocurrieron dos acontecimientos importantes en la vida de Luis. Beatrice, su esposa, heredó de su padre la quinta *Villa Francia* situada en la esquina oeste de la Placita Páez del Paraíso. Poco tiempo después, se le acercó Juan Bernardo Arismendi, quien le ofreció en venta, por Bs. 36.000 cada una, unas cuatro casas *por construir* en terrenos situados de Pescador a Cochera. Luis compró dichas casas a nombre de Beatrice con un pagaré por *Villa Francia*; y esta compra, junto con las sucesivas ventas de casas propias fue el origen de su fortuna ¹. Asociándose en 1924 con Arismendi, construyó y vendió varias casas: unas cerca del viaducto de Caño Amarillo, otras frente al Cuartel San Carlos. Establecieron igualmente los dos socios, de Poleo a Ceiba, en el sitio en que ahora se halla el Palacio Blanco, una fábrica de *ladrillo alemán*, que luego vendían, o utilizaban en sus propias construcciones.

Dos maestros tuvo Luis Roche en sus primeras actividades urbanísticas: J. B. Arismendi y su propia

1. Fuentes: J. B. Arismendi y Beatrice de Roche.

esposa Beatrice. Arismendi le enseñó lo que sabía —¡y era mucho ya!— acerca del mecanismo de los negocios. Roche desarrolló sobre esa base su propio estilo, hecho tanto de audacia calculada y razonada² como de optimismo, imaginación fecunda y confianza en sí mismo y en los demás, y de una honradez a toda prueba.

Beatrice de Roche desempeñó un papel fundamental en la vida profesional de Luis; fue su maestro artístico; le afirmó su natural *bon goût*, y desempeñó enorme actividad en el aspecto estético de las urbanizaciones. No solamente ayudaba a planificarlas, a escoger los materiales, los colores y las plantas que debían sembrarse, sino que, además, ella misma dirigía el trabajo de los jardines; con sus propias manos sembró las semillas de los árboles que habían de adornar varias de las avenidas (las avenidas Acacias, Samanes y los Jabillos en La Florida). Papá reconocía como deuda la ayuda eficaz de Beatrice, y esa colaboración y comprensión mutua cimentaron firmemente su constante unión espiritual. La llamaba *mi mascota*.

Para 1925, Arismendi y Roche planean lanzarse

2. Arismendi, persona de indudable competencia en los negocios, me afirmaba: "Yo era más bien cobarde; no tenía la audacia de Luis. Más le gustaba a él tirar paradas que a mí mismo."

en empresa de envergadura mucho mayor: la urbanización San Agustín del Norte. Arismendi viajó a Europa para negociar, con la sucesión de Guzmán Blanco, la compra de *La Yerbera*, una zona campestre de pastos que se extendía desde el *Nuevo Circo* hacia el este y el sur.

Se formó el sindicato Juan Benzo y Cía., integrado por J. M. Benzo, Santiago Alfonzo Rivas, Tomás Sarmiento, Juan Bernardo Arismendi y Luis Roche. Escribió este último, algunos años más tarde:

"Los terrenos de *La Yerbera* eran propiedad de la sucesión de Guzmán Blanco, cuyo apoderado, el General Matos, firmó la venta por la suma, para entonces fabulosa, de Bs. 1.000.000³. Pese a su innegable inteligencia, Matos creyó, sin duda, que estábamos bastante chiflados al desembolsar el valor de una hacienda de cuatro mil tablones de riego, por unos pocos cuadros de hierba rala, y como el Banco Venezolano de Crédito, recién fundado, prestara la totalidad de la suma (por la solidez financiera del grupo comprador)⁴, el escandalizado Matos escribió a Gómez una carta en la que citó esta

3. El primer bloque vendido fue aquel en que ahora está situado el Cine Dorado. Fue adquirido por Nicanor García Batista, por la suma de Bs. 800.000. Fuente: J. B. Arismendi.

4. Luis siempre agradeció a Enrique Pérez Dupouy la confianza que en esa época depositó en el grupo urbanizador.

operación crediticia como ejemplo de la imprudencia de los nuevos bancos!”⁵

Arismendi y Roche tuvieron papel destacado en la empresa, por sus características de trabajo, energía e imaginación. Fue San Agustín del Norte una de las primeras empresas urbanísticas caraqueñas donde se vendió a largo plazo e interés bajo, o sea, con base en la confianza.

“En la construcción de San Agustín se edificaron casas cuyos precios van desde 16.000 hasta 80.000 bolívares, lo que da una idea de la suntuosidad de muchas de las residencias de este hermoso y populoso ensanche. La compañía urbanizadora dotó a San Agustín con un acueducto cuyo costo aproximado es de Bs. 300.000, con aguas del subsuelo que, sometidas a un riguroso análisis, resultaron de perfecta potabilidad. Su capacidad es de 1.000.000 de litros en 24 horas y se instaló una planta de verdunización⁶, sistema éste usado por primera vez en Venezuela.”⁷

Las calles de San Agustín del Norte fueron trazadas de 17 metros de ancho. Es difícil entender hoy

5. Citado por J. Emleurgir: *Un pionero del urbanismo*. “El Universal”, 14-11-1943.

6. Hoy diríamos clorinación.

7. Aníbal Lisandro Alvarado: *Breve historial de las urbanizaciones caraqueñas*. El artículo apareció en *El Universal* alrededor de 1938. Poseo el recorte del periódico, sin fecha exacta.

lo que significaban estos progresos en el conjunto de la Caracas de entonces, y es preciso recordar que las calles de la ciudad en aquella época sólo tenían, por lo general, unos 7 metros de ancho, que el sistema de potabilidad era deficiente y que la pavimentación de las calles dejaba mucho que desear.

Luis Roche había proyectado dotar las calles de San Agustín de árboles y matas, a semejanza de lo observado por él en el París de su infancia. Como modelo, sembró palmas en una de las calles y en una de las plazas; un domingo invitó al General Velasco, entonces Gobernador de Caracas, para que fuera a observar la obra. Velasco vio las plantas y, al día siguiente, mandó a felicitar a Luis Roche por la belleza de la urbanización; pero, al mismo tiempo, ordenó que se arrancaran las matas y que no se sembraran más, *jya que San Agustín tenía que quedar como el resto de Caracas!* No hubo, pues, matas en el barrio, y fue menester esperar hasta urbanizar La Florida para ver aparecer en forma regular una vegetación callejera en las nuevas urbanizaciones.⁸

Hacia 1926, habiendo adquirido el tráfico cierta importancia, se hizo necesario establecer sentidos únicos de circulación por las calles. Esto fue propues-

8. Fuente: Beatrice de Roche.

to por Luis al entonces Gobernador; sugirió, asimismo, el uso de flechas, pintadas sobre las paredes de las esquinas, para indicar la dirección que debía tomar el tráfico. ¡Estas flechas, ahora erigidas sobre sus parales, han llegado a ser tan características de la ciudad y tan familiares, que hasta nos las comemos!⁹

En 1928, Luis Roche, en compañía de Diego Nucete Sardi, llevó adelante la urbanización de San Agustín del Sur, con el fin de proveer viviendas para la clase obrera; fabricó así el *Barrio Obrero* donde también se hizo un magnífico acueducto con un costo de Bs. 200.000.¹⁰

Para 1929, ya con cierta experiencia, emprendió, siempre en asociación con Juan Bernardo Arismendi, una empresa mayor: La Florida, primera urbanización *campestre* de Caracas.¹¹ Curioso es el origen del nombre que se escogió para esa urbaniza-

9. La tradición familiar de que Luis Roche fue iniciador de *las flechas caraqueñas* encuentra apoyo en un párrafo del artículo citado de J. Emleurqir (*El Universal*, 14-11-43). "Luis Roche hace su plano de Caracas con sus flechas, el cual fue acogido con perfecta comprensión y buena voluntad por el que a la sazón era Secretario de la Gobernación, doctor Carlos Siso; pero, para que dicho plano pudiera ser puesto en práctica fue preciso que el doctor Siso, en su deseo de progreso urbano, pero conociendo bien la mentalidad del General Velasco, presentara dicho plano como concebido en las esferas oficiales, y no por la iniciativa privada que, en aquella época no era «persona grata»!"

10. La novedad de esta urbanización era que cada casa, aunque modesta, tenía al frente un pequeño jardín.

11. Después de El Paraíso, que fue la verdadera precursora.

ción. Mi madre se ocupaba, desde el principio, de los jardines y de las flores. Buscábase aún un nombre apropiado para la futura urbanización, cuando Luis y Beatrice tuvieron que efectuar un corto viaje a Europa. En una reunión, este asunto fue comunicado por Luis a Laureano Vallenilla, padre, quien, refiriéndose a Beatrice y queriendo, al mismo tiempo, expresar dudas respecto a la viabilidad de la nueva urbanización, exclamó, medio burlón y medio galán: "¡La flor, ida!" Surgió la chispa en la mente de mi padre, y quedó el nombre: *La Florida*, originado en un dudoso juego de vocablos.

Los terrenos fueron adquiridos del doctor José Antonio Bueno. Estos se extendían hacia el sur, aproximadamente hasta donde se halla ahora la Avenida Libertador; más tarde, los dos socios adquirieron lo que llamaban *los anexos*, a saber, al sur de los primeros terrenos, unos terrenos muy quebrados apodados *el infiernito*, propiedad de Ismael Ruiz Viso, y la hacienda El Avila hacia el norte.¹²

En su citado artículo de *El Universal*, 14-11-43, escribe J. Emleurqir, refiriéndose a los proyectos de Luis Roche:

"Fueron acogidas con incredulidad, no lo negaremos, sus descripciones de un espléndido *Club*, de

12. Fuente: J. B. Arismendi.

una piscina imponente (que aún es la mayor del país), de un parque de niños (desconocido para aquel entonces), de avenidas de 20 metros de ancho (cuando el reglamento no exigía más de 12 metros), todas ellas con árboles (en un país en donde ni los gobiernos se preocupan de sembrarlos), con alumbrado ornamental por medio de hilos subterráneos... Y fuimos muchos los que creímos a Roche loco o animado de mala fe..."

A los caraqueños, habituados a vivir en el centro, cerca de sus negocios y de sus actividades, les asustaba alejarse tanto para construir su casa. Roche adoptó el lema publicitario: "*La Florida, a 7 minutos de la Plaza Bolívar*" ¿Siete minutos? Recuerdo perfectamente una noche, a eso de las 10, en que salimos de la Plaza Bolívar en el Fiat sedán convertible de la familia, papá manejando, mamá cronómetro en mano, los tres hijos en el asiento de atrás. Recorrimos las calles de Caracas, a esa hora ya silenciosas, a velocidad moderada pero sostenida y constante, hasta llegar a la entrada del nuevo barrio: ¡exactamente siete minutos! He vuelto a hacer un recorrido similar, hace poco, a las 11 y 30 de la noche, ¡y he logrado, sin mucho apuro, un tiempo de 4 minutos y 30 segundos!

Los caraqueños se dieron cuenta de que había llegado la época del automóvil, ya no como artículo de lujo, sino de primera necesidad, y se percataron de

que los recorridos no habían de medirse en distancia lineal, sino en tiempo... ¡a menos que el tráfico...!

Uno de los grandes atractivos de La Florida fue su Club, con su piscina, donde se realizaron numerosos campeonatos, y que fue inaugurado con espectaculares fuegos artificiales. Antes de la inauguración hubo que capear un fuerte ataque al Club Florida, por parte del inefable *Nuevo Diario*, órgano del régimen gomecista. ¡Se afirmó en ese diario que en la piscina del Club habían sido encontrados cadáveres flotando!¹³ Esto lo interpretó el grupo urbanístico como oposición declarada del régimen gomecista, y naturalmente cundió la alarma. Cuando Arismendi cortejaba a su futura esposa Isabel Amengual, cuya familia vivía al lado de la casa de Doña Amelia Núñez, había conocido a Gómez; fue a Maracay y allí el "Benemérito" le aseguró que no había ninguna oposición por parte suya contra La Florida. Parece que el asunto se había originado a nivel de Fernández García. No hubo más ataques ni críticas desfavorables después de la visita de Arismendi a Maracay.¹⁴

En 1930, ya en buena situación económica, los esposos Roche fueron a pasarse un tiempo en París,

13. Fuente: Beatrice de Roche.

14. Fuente: J. B. Arismendi.

donde se alojaron en la rue du Colonel Moll, cerca de la iglesia Saint Ferdinand. Ambos gozaban del buen teatro y salían casi todas las noches. Los hijos los veíamos vestirse para ir a ese mundo brillante, y para nosotros desconocido, del París nocturno, y nos imaginábamos las fiestas mágicas para los ojos y los oídos que ellos iban a presenciar, lejos del apartamento dormido. Más tarde, leyendo a Proust, sentí en mi propio espíritu la nostalgia del joven Marcel cuando su madre salía a ver a la gran actriz Berma.

CAPITULO V

LAS GRANDES URBANIZACIONES **II. DON BOSCO, LOS CAOBOS, ALTAMIRA**

La estadía en París fue interrumpida cuando el oleaje de la crisis económica mundial llegó hasta Venezuela; viose obligado a regresar rápidamente a su país Luis Roche, encontrándose arruinado y con una fuerte deuda encima. La pagó toda y se mudó a una casa modesta: *Mejorana*, Avenida Los Pinos, la cual se amobló con muebles prestados por familiares y amigos. Al final de su vida, Luis Roche, recapitulando su ya larga trayectoria, comentaba:

“Si he llegado a tener gran éxito en la vida, lo debo evidentemente a una serie de factores, entre los cuales la suerte, esa excusa de los fracasados, nunca intervino. Pienso más bien lo contrario, pues la «mala suerte» contribuyó dos veces a enviarme a la lona para la cuenta de nueve.”¹

También encontré en las anécdotas inéditas de Luis Roche la siguiente observación:

1. Carta de Luis Roche a Marcel Roche. Constancia, Suiza, 10 de junio de 1955. Archivo particular.

“Es común decir de una persona de éxitos:

«¡Qué suerte tiene!»

En realidad, para el buen observador y de acuerdo con una leyenda persa:

«A todo hombre le toca la misma cantidad de suerte, pero la humanidad se divide en tres categorías:

Los que no ven la suerte cuando pasa a su lado; los que sí la ven, pero no la saben agarrar; y por último, los que la ven y logran sujetarla.

Esos son los de quienes se dice: «¡qué suerte tienen!»²

En esos momentos difíciles, Luis Roche solicitó un préstamo a la Compañía La Previsora. Varios de los directivos lo objetaron, debido a la frágil situación financiera del solicitante. Sin embargo, merced a que Félix Guerrero defendió calurosamente a Luis, con base en la confianza que le tenía por su enorme capacidad de trabajo y fuerte imaginación, obtuvo el crédito.³ Con esto emprendió Luis Roche una pequeña urbanización situada al este

2. Fuente: Luis Roche. *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

3. Fuente: Angel Mancera Galleti.

de La Florida y al norte de Sabana Grande: Don Bosco. Escribe J. Emleurqir, en el ya citado artículo del 14-11-43:

“El éxito coronó los esfuerzos emprendidos, por una vez más, que no será la última de este dinámico hombre de empresas; y gracias a la ayuda eficaz de dos institutos de esta capital —al César lo que es del César— que fueron el Banco Mercantil y Agrícola y La Previsora. La compañía urbanizadora llevó a cabo la inauguración de la primera avenida, llamada Don Bosco, en la cual construyó cuarenta hermosas residencias, a cual más moderna y de mejor derroche de buen gusto. Esto fue para fines de 1935 y no obstante los momentos de expectativa y angustia que sobrevinieron a la muerte del General Gómez, la compañía prosiguió sus operaciones...”

Después de una nueva estadía en París, esta vez en la Avenue MacMahon, cerca de La Estrella, hacia fines de 1936, la familia regresó a Venezuela en 1937 y se mudó a una gran quinta situada en el Country Club, Avenida Mohedano.

En 1938, a los 50 años, aumentó la familia de Luis Roche con la llegada del cuarto y último hijo: Luis Armando. Comentaba Luis años más tarde:

“El canto del cisne, Luis Armando, que nos nació, por una coincidencia extraordinaria, el mismo día en que yo cumplía 50 años. Como ha resultado muy inteligente y buenmozo, acostumbro decir que, en vista de la buena calidad del producto fabricado con el medio siglo, he resuelto completar la hazaña y fabricar otro el día en que cumpla el siglo completo.”⁴

Empezó, en 1939, la segunda gran guerra mundial y, a pesar de la angustia y el pesimismo general, Luis Roche emprendió una nueva urbanización: esta vez Los Caobos. Compró, junto con Rafael Isava Núñez⁵, la antigua hacienda Maripérez, de los hermanos Cruz que —según escribió más tarde el propio Roche— “el viejo Cruz había adquirido anteriormente en Bs. 80.000 para cultivar allí el malajo que vendía para los caballos (entre otros los del tranvía) y las mulas, que deambulaban por las calles de piedras «de huesito» que yo mismo conocí.”⁶

Para la época estaba yo estudiando Ciencias Naturales y Exactas en una universidad norteamericana; venía de vacaciones a Venezuela, y recuerdo el en-

4. Carta de Luis Roche a su cuñado Victor Dugand, Buenos Aires, 11 de abril de 1949. Archivo particular.

5. Posteriormente, Roche le compró su parte a Isava e hizo la urbanización solo. Entiendo que Isava creyó, en la época, haber hecho un buen negocio cediendo su mitad.

6. Luis Roche: *Adiós Puente Bolívar*. “El Universal”, 22-1-59.

tusiasmo de Luis Roche con su nueva obra. En su oficina había instalado una gran “maqueta” del valle de Caracas, en relieve, donde se podía observar la angostura del valle en el sitio en que ahora se halla la Plaza Venezuela, y se hacía evidente que dicho sitio corresponde exactamente al centro geográfico del valle.

Presidía entonces el país el General Isaías Medina Angarita, por quien Luis Roche sintió genuina admiración; sentimiento recíproco, pues Medina lo invitó a asumir el cargo de Gobernador del Distrito Federal⁷, ofrecimiento que Luis Roche rehusó, pues quiso siempre conservar incólume su independencia. Para ser buen político tenía Luis Roche a su favor el ser sensible a los gustos populares, y además, la habilidad administrativa, la facilidad de elocución, el gusto por figurar y la capacidad para persuadir a masas grandes de gentes y conducirlas. Pero retrocedió siempre, influido en gran parte por su esposa, ante la pérdida de independencia y los inevitables *líos* que la política implica; con la única excepción de su Embajada en la Argentina, bajo la presidencia de Rómulo Gallegos, de la cual hablaremos luego. Entiendo que en un gobierno democrático posterior le pidieron insistentemente que aceptara el Ministerio de Obras Públicas, pero

7. Fuente: Beatrice de Roche.

también rechazó esta oferta, por las mismas razones expuestas arriba.

En todas sus empresas, Luis Roche tuvo un interés grande por el aspecto económico de las cosas; a menudo solía contar, en forma jocosa, algunas anécdotas relacionadas con los problemas de tipo económico. Por ejemplo, las dos siguientes:

EL FLUX ROTO

“Juan, un íntimo amigo mío, me dijo un día:

—Hace tanto tiempo que nos conocemos, y sin embargo no he tenido la ocasión de visitar tu casa y tengo curiosidad en verla.

—Pues ven mañana, tendré sumo gusto en enseñártela.

A la hora dicha, Juan llega y le hago hacer lo que los franceses llaman «la vuelta del propietario».

Al llegar al ropero, mi amigo observa:

—¡Caramba! ¡Sí que tienes una percha bien completa!

Y de repente:

—Pero, oye, ¿qué es eso?

—¿Qué cosa?

—Ese traje inverosímil en este perchero: sucio, roto, manchado.

—¡Ay, chico! ¡Ese flux es importantísimo! Es para el día en que se acabe el petróleo: me lo pongo y salgo a pedir limosna.”⁸

Y este otro cuento:

UN MISTERIO DE LAS FINANZAS

“Antes de comenzar mi historia, permítaseme recordar que el sake es una especie de aguardiente japonés extraído del arroz; digamos que es el ron nipón.

Un día, Yamamoto e Izawa, tan grandes en amistad como limpios de recursos, tuvieron una idea comercial de primer orden. Reunieron los pocos bienes que poseían los dos en una sociedad que prometía cosechas abundantes y resolvieron comprar un barril de sake. Lo lograron con sus recursos y hasta les sobraron cuatro yens, que guardó Yamamoto, el tesorero de la sociedad.

El propósito de los dos compinches era el de llevar el sake a la feria anual y revenderlo al detal, precisamente a 4 yens el vaso, lo que, según sus cuentas, debía producirles opíparas utilidades. Yamamoto e Izawa amarraron sólidamente el barril y lo cargaron, caminando uno detrás del otro.

8. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

El peso del barril lleno era grande y el día caluroso. El perfume delicioso de la bebida acariciaba el olfato de Izawa, que iba detrás. Al primer descanso del camino, dijo:

—Oye, Yamamoto, hemos convenido en vender el vaso de sake a cuatro yens, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad, ¡pero estrictamente de contado!

—Bueno, si yo te doy esa suma, ¿puedo tomar el primer vaso?

—Desde luego, no hay objeción, si lo pagas.

Izawa destapó el barril y, ante los ojos de envidia de Yamamoto, se empinó con delicia la primera copa. Pero antes, respetuoso de lo convenido, le entregó los cuatro yens a Yamamoto.

Se reanudó la marcha, pero, al poco rato, Yamamoto dijo:

—Oye, Izawa, si yo también te pago, ¿puedo beber?

—Desde luego, así nuestro convenio sería respetado.

Nuestro compadre imitó al socio, quien un poco después repitió el acto estrictamente comercial.

El sol era fuerte, la carga pesada, el camino largo y nuestros amigos más acostumbrados a poner su brazo derecho en ángulo recto y no estirado.

Sea como fuere, el camino que seguían al final zigzagueaba cada vez más, hasta que el barril, como el tesoro de ciertos estados, se encontró totalmente vacío por seguirle sacando sin meterle real.

Yamamoto e Izawa se sentaron, mejor dicho se dejaron caer en el suelo y, contando sobre los dedos se pusieron a recopilar minuciosamente las operaciones financieras hechas.

Nosotros íbamos a vender al contado todos los vasos. Así lo hicimos. Entonces, ¿por qué misterio ahora no queda nada?

Quizás por su tremenda mona, que era más bien un pesado gorila, ellos nunca pudieron entender ese problema de alta finanza.

¿No le pasará igual cosa a tantos gobiernos que toman sin cesar barras de oro y se extrañan cuando, en las bóvedas de los bancos centrales, otrora repletos, se llega a poder patinar libremente?"⁹

Para 1941 estaba prácticamente terminada la urbanización Los Caobos, cuyos terrenos se vendieron con gran rapidez. Cabe recordar que ésta fue la primera urbanización en que se usaron extensamente los *bulldozers*, perfeccionados en especial por los Estados Unidos a raíz de la segunda guerra mun-

9. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

dial. Con éstos fue posible utilizar como avenida principal de Los Caobos una quebrada que parecía a primera vista totalmente inutilizable. En el centro de dicha avenida, colocó Luis Roche una serie de fuentes ornamentales que inauguró el 30 de marzo de 1941 ante el Gobernador del Distrito Federal y los concejales. El Presidente del Concejo, después de los discursos de orden, accionó un mecanismo y puso a funcionar a lo largo de la avenida una serie de graciosas fuentes... en plena época de sequía caraqueña. El 8 de noviembre del mismo año inauguró Luis ante el Presidente de la República el puente Bolívar, gran estructura ornamental construida con su propio peculio.

Los numerosos viajes de Luis Roche dejaron saldo favorable en obras caraqueñas: en este caso fue el jardín del Generalife, de Granada, que inspiró la obra; así como, más tarde, sería la Avenida 9 de Julio y la Plaza de la República de Buenos Aires las que servirían de modelo para la Plaza Altamira.

En el caso del puente ornamental, no duró mucho la frágil belleza colocada por Luis Roche en el seno de la capital al cuidado de sus habitantes. Las fuentes ornamentales, ya para 1958, no funcionaban, y en 1964 el Puente Bolívar fue destruido con el objeto de dar lugar al ensanche de la

Avenida Libertador. En una crónica un tantico nostálgica, escribió Luis Roche acerca del "único puente de ornato" que Caracas haya tenido:

"Yo que lo construí con amor y lo doné con cariño a mi ciudad natal, tuve que ver esa demolición con cierta melancolía. Y, sin embargo, la aplaudo con alborozo porque marca una nueva etapa en la rápida marcha de Caracas hacia su rango final de gran metrópoli."

Pero no pudo dejar de preguntarse:

"Somos muy ricos, ¡de acuerdo!, pero ¿por cuánto tiempo? Somos muy ricos, es cierto, pero no hasta el punto de demoler y reconstruir nuestra capital cada 20 años."¹⁰

En 1943 adquirió Luis Roche, de Ana Cecilia Branger y Teresa Zaragazu los terrenos de la Hacienda El Paraíso que habían de constituir la base de la presente urbanización Altamira.¹¹

Comenzaron de inmediato los trabajos de aquella urbanización, que fue, y sigue siendo, la mejor realización de Luis Roche, en plena posesión de su experiencia, y en plena madurez física e intelectual.

10. Luis Roche: *Adiós, Puente Bolívar*. "El Universal", 22-1-1959.

11. El Acta Constitutiva de Altamira S.A. está fechada del 6 de mayo de 1944 (aviso en *La Religión* del 8 de abril de 1944).

Roche había usado diversos lemas para sus urbanizaciones anteriores: para ésta, llanamente "Altamira, dirigida por Luis Roche."¹²

Mandó a diseñar avenidas de 24 metros de ancho. Ordenó una plaza suntuosa, llena de flores, hoy muy deformada por los imperativos del tráfico. En el centro colocó el obelisco monumental, uno de los puntos focales de Caracas.¹³

Los jueves en la noche se reunía la juventud caraqueña para oír música clásica y *flirtear* junto al espejo de agua. En una oportunidad, Luis Roche costó allí una función del Ballet Ruso. La plaza conserva todavía su aspecto señorial, a pesar de los altos edificios que la ahogan y del intenso tráfico que la abarrota.

Pese a la experiencia pasada, no faltaron los que decían: "Es demasiado lejos, ¿no se puede vivir allá!" Uno de los Ministros más inteligentes de Medina exclamó: "Esta vez Roche entierra el cacho".¹⁴

Pero Altamira se convirtió pronto en una de las plataformas giratorias de Caracas y, en el momento

12. Esto bastaba y sobraba para inspirar confianza. En la misma época, le ofrecieron a Roche Bs. 500.000 sólo para que apareciera su nombre en la Junta Directiva de una urbanización. Pero Luis se negó a alquilar el prestigio de su nombre. Fuente: Beatrice de Roche.

13. Estuve y sigo en desacuerdo con la estética del obelisco. La opinión popular, sin embargo, le ha dado razón a Luis Roche, ¡me inclino ante ella!

14. Fuente: Francisco Kerdel Vegas.

en que se planificó la autopista del Este, allí se estableció obligatoriamente una de las salidas, poniendo así la urbanización a un paso de los demás puntos del valle; ejemplo concreto de cómo la imaginación de un individuo, su entusiasmo y su generosa visión pueden *forzar la mano* a los acontecimientos. Los terrenos, al comienzo, se vendieron a 18 y 22 bolívares por metro cuadrado. Se puede citar aquí una anécdota del propio Luis Roche.

PARABOLA DE SAN PEDRO Y ALTAMIRA

"En el momento en que yo estaba desarrollando Altamira, San Pedro, escudriñando la tierra, se fijó en esta incipiente criatura.

Después de estudiarla varias semanas —porque San Pedro es curioso y tiene poco que hacer—, nuestro primer Papa se voltea hacia Dios y dice: —Maestro, puedes estar satisfecho de aquella criatura tuya.

—¿Cuál, Pedro?

—Esta que los humanos llaman Luis Roche.

—¿Y por qué, Pedro?

—Vengo observándolo desde largo tiempo y estoy admirado por su tremenda agilidad.

Dios, con una sonrisa maliciosa, le dijo, como para picarlo, afectuosamente:

—¡No veo por qué te admiras tanto!

Y San Pedro, extrañado:

—¿Ves cómo se mueve? Crea una plaza monumental; la llena de flores y de fuentes; hace avenidas anchas; inventa un Bambilandia y luego un Tarzilandia; llega hasta traer 'el Ballet Ruso desde El Municipal a danzar trozos de *El Lago de los Cisnes* en medio de los surtidores; con ello se atrae a medio Caracas.

—¿Y qué dices con eso? —pregunta el Ser Supremo.

San Pedro, ligeramente ofuscado, asienta:

—Primero, lo repito: que debes estar satisfecho de tu criatura, y luego que ésta bien se merece el éxito que tiene.

—Pedro, Pedro, ¡tú eres santo pero no eres Dios y por eso no puedes adivinar el porvenir! Tanta actividad, tanta imaginación, y tanto trabajo sólo van a servirle a Luis Roche para vender con rapidez, desgraciada para él, al precio de Bs. 18 el metro cuadrado, terrenos que sus vecinos —que no han hecho nada— venderán a doscientos.”

En noviembre de 1943, en plena planificación de Altamira, sufrió Luis Roche un infarto del miocardio, consecuencia —se dijo— del trabajo y del agotamiento. En verdad, yo nunca vi a mi padre agotado, ni siquiera cansado. Siempre activo, se levantaba a las 6 y 30, y para las 7 y 30 estaba en el trabajo; almorzaba a la 1 y de nuevo al trabajo a las 2 hasta las 7 y 30 y 8 de la noche. Y esto lo encontraba él muy natural; ¡nunca, cuando analizaba los factores diversos que lo habían conducido al éxito, mencionaba la *capacidad de trabajo*!

Esta vez, después del infarto, tuvo que guardar cama durante mes y medio. Luis Roche era ya personaje considerable, y los médicos no se atrevían a dejar que se levantara prematuramente. Le desesperaba la inacción, saltaba en la cama, rogaba que lo dejaran levantarse. Aún después de la convalecencia, le aconsejaron reposo limitado, pero afortunadamente algunos médicos más perspicaces lo levantaron y le permitieron la actividad, que era parte biológica y *sine qua non* de su existencia.

En noviembre de 1945 lo vio en el Massachusetts General Hospital el eminente cardiólogo Paul Dudley White, quien le aconsejó llevar una vida normal y para Luis lo “normal” era vivir planeando, proyectando, persuadiendo, moviéndose incansablemente para lograr realizar sus sueños. Era un *hombre motor*.

Debido al infarto y al subsiguiente reposo obligado, Luis Roche disminuyó, sin embargo, su ritmo de trabajo, dejando gran parte de la ejecución de Altamira a sus hermanos Carlos y Jorge. Pronto emprendió, junto con Beatrice, un largo viaje a Sur América, del cual hablaremos más tarde. Nunca más volvería a tener la actividad tremenda de la época de 1926 a 1943. Sus grandes urbanizaciones habían sido realizadas. Siguiendo ese dinámico impulso, y bajo el efecto de la gran bonanza económica de Venezuela, muchos otros urbanizadores habían entrado en la lidia y desarrollaban, cada uno por su lado, las grandes líneas de lo que sería la futura Caracas.

Durante aquellos años de actividad, en especial durante el gobierno de Medina, en quien tuvo confianza, Luis Roche movió en su cabeza muchas ideas; escribió algunas en los periódicos, otras en cartas y proyectos. Esas ideas sobre Caracas son las que examinaremos en el capítulo que viene.

CAPITULO VI

PREOCUPACION POR CARACAS

La capital fue para Luis Roche objeto de tierna solicitud y preocupación. A través de toda su vida pensó en Caracas; adivinó precozmente cuál sería su desarrollo futuro; contempló día tras día la faz de su querida ciudad, y deseó para ella, como para una amada, los mejores adornos.

Lanzando su mirada hacia atrás, vislumbraba Luis, humorista como siempre, el nacimiento de la urbe:

“En el comienzo del comienzo, allá probablemente millones de años atrás, el valle de Caracas era idéntico al actual; una hondonada de 16 kilómetros de largo por cuatro o cinco de ancho, pero se diferenciaba mucho del valle de hoy. Al de antes lo surcaban los cuatro ríos de que habla Oviedo y Baños, ríos con agua abundante y perenne, hoy reducidos a quebradas secas o transformados en cloacas abiertas. El Guaire tenía un curso caudaloso de 50 y quizás 100 metros de ancho, en cuyas aguas nadaban dantas y caimanes.

Desde luego, el valle húmedo y fresco estaba cubierto por una intrincada selva virgen en donde sólo

andaban venados, lapas, monos y tigres. Hoy los tigres andan por las calles.

Llegó el día en que uno de los escasos habitantes de la casi desértica Venezuela, armado de su hacha de piedra y seguido por sus mujeres y prole, se atrevió a penetrar en nuestro valle, ¡por aventurero, por valiente o por extraviado! Le gustó el clima fresco, la caza abundante y las superficies planas para sembrar, si es que para la época había comenzado ya la Reforma Agraria. Nuestro querido tatarabuelo, seguramente que un *Pitecanthropus erectus*, derribó unos árboles y, con su gente, armó los primeros ranchos de nuestra capital, los antepasados de los actuales, y fundó así la primera Caracas de la historia.”¹ Para la fecha de nacimiento de Luis, Caracas tenía alrededor de 89.000 habitantes, y en el momento de la muerte de Gómez (1935), había crecido a unos 280.000 moradores.²

“La gran Caracas del porvenir —pensó entonces Luis Roche, en predicción equivocada por subestimación, que él confiesa con buen humor— tendrá 500.000 habitantes, pero usted y yo sólo la cono-

1. Luis Roche: *29 años de periodismo*. Charla ante el Club Rotario de Caracas, 1963. Sin fecha. Archivo particular.

2. Sexto Censo de Población 1936, Distrito Federal, Estados Unidos de Venezuela, Ministerio de Fomento, Dirección General de Estadística, Primer volumen, Caracas, Tipografía Americana, 1939.

ceremos en nuestra segunda o tercera reencarnación.”³

En 1936 escribió Luis Roche su primer gran artículo sobre el futuro de Caracas, en el que aboga por la ampliación de la carretera del Este (la actual Avenida Francisco de Miranda), por la apertura de una gran Avenida Oeste-Este en todo el centro de Caracas, por que se utilicen cañerías para el agua de lluvia, por que se supriman los postes y alambrados aéreos que afean la ciudad y, finalmente, por el embaulamiento del río Guaire, pues “no es posible que el Guaire le haga al perfume de las flores cercanas una competencia tan desleal.”⁴

Para 1958 estaba ya convencido Luis de que la ciudad llegaría a cuatro millones de habitantes.

“Cuatro millones, ¡qué barbaridad! ¿Dónde los meteremos y, sobre todo, qué agua les daremos?”⁵

En cuanto a los vehículos, en 1936 eran 4.000 y, tomando en cuenta la proporción vehículo-habitante que impera en U.S.A.,

“llegaríamos a la conclusión fantástica de que Caracas, si fuese yanqui, tendría hoy día 40.000 automóviles.”⁶

3. Citado en la referida Charla en el Club Rotario de Caracas, 1963.

4. Luis Roche: *Embellecimiento de Caracas*. “El Universal”, 4-3-1936.

5. Luis Roche: *Caracas con cuatro millones de habitantes*. “El Universal” 26-3-1958.

6. Luis Roche: *Embellecimiento de Caracas*. “El Universal”, 4-3-1936.

“En cuanto a espacio, éste sobrar , parte porque el área metropolitana, hasta más allá de El Hatillo, representa una superficie dos veces mayor que la superficie del valle de Caracas... y parte porque se transformar  la ciudad de quintas en una ciudad de edificios, cuatro veces más poblada.”⁷

Un año más tarde, preguntándose Roche, en titular angustiado: “ Morir  Caracas de apoplej ?”, afirmó que el área metropolitana sobrepasar  fácilmente los dos millones de habitantes dentro de los 10 años (1969) y vaticinó para esa época un número de automóviles no menor de 600.000.⁸

“Para curar ese cáncer —afirmó— lo que *no* debe hacerse es emplear simplemente paños calientes.”

Recomendó la construcción de un *metro*, y añadió: “sólo nos queda rogarle al Dios de las ciudades para que el estupendo proyecto no se hunda bajo el Himalaya de papeles burocráticos y de estériles y paralizantes discusiones.”

En 1960 afirmó que

“se puede prever la enorme aglomeración de población casi sin solución de continuidad que, teniendo

7. Luis Roche: *Caracas con cuatro millones de habitantes*. “El Universal”, 26-3-1958.

8. Luis Roche:  Morir  Caracas de apoplej ? “El Universal” 29-8-1959.

Caracas en el centro, comenzar  en Río Chico y terminar  en Puerto Cabello.”⁹

“Se necesitará ser bien miope —escribe en otra parte— para no ver que, en el transcurso de 20 a 25 años, Caracas será una ciudad compacta, estrechamente amalgamada, cuyo pequeño valle estará ocupado en su mayor parte, como en todas las metrópolis del mundo, por edificios de apartamentos que habrán desalojado casi todas las quintas. Estas habrán emigrado a su vez, cubriendo todas las colinas del sur hasta El Hatillo.”¹⁰

En aquella ciudad¹¹,

“tratar  la mayor parte de la gente de realizar el sueño dorado de cada cual: tener auto propio. Así nos iremos acercando cada año al punto alcanzado por los pioneros mundiales del buen vivir, los norteamericanos. Ellos saborean ya un vehículo por cada dos y medio habitantes. Si aplicáramos esta proporción a los muy próximos 2.000.000 caraqueños, llegaríamos a la cifra anonadante de 800.000 vehículos para el área metropolitana!  Presumo que nuestros nietos o bisnietos, además de las aceras, dispondrán para caminar de los techos de los ca-

9. Luis Roche: Charla en el Club Rotario de Caracas. 22-3-1960. Archivos personales.

10. Luis Roche: *La Avenida Libertador contribuirá notablemente a solucionar los problemas urbanos de Caracas*. “El Universal”, 29-4-1959.

11. *Caracas en Crisis*. “Elite”, setiembre, 1962. N  1928, pp. 26-29.

rros, apretujados unos con otros en una «galleta» definitiva!”

Recién muerto Gómez, comenzó Luis a escribir acerca de la futura Avenida Bolívar, que había de ser más tarde la espina dorsal de Caracas, y lanzó la idea de hacer una avenida de 36 metros de ancho, tumbando 14 manzanas en todo el centro de Caracas, de oeste a este, y uniendo El Calvario con el bosque de Los Caobos.¹² La proyectada Avenida Bolívar había de ser ancha, pero relativamente corta: su kilómetro y medio podría ser recorrido por un automóvil en sólo dos minutos, a la velocidad de 45 kms. por hora. Por ello, y por su posición céntrica, pensaba Roche que la Avenida llegaría a ser total y exclusivamente comercial. Recomendó que se hiciera un gran número de estacionamientos, y una fácil comunicación entre la acera norte y la sur de la avenida. ¡Todo lo contrario de lo que ocurrió, cuando los urbanizadores, sacrificando a todo costo en el altar de la diosa Vialidad, “elevaron... la muralla china que divide la ciudad en dos y crearon los cementerios inermes de sus terrenos.”¹³

12. Luis Roche: *Embellecimiento de Caracas*. “El Universal”, 4-3-1936.

13. Luis Roche: *La Avenida Libertador*. Podría costar 12 millones en lugar de 83... y ser más perfecta! “El Universal”, 30-4-59.

Iguals conceptos sostuvo Roche más tarde con relación a la Avenida Libertador: ésta ha de ser prevista como avenida comercial, pues a la fuerza se convertirá en tal, y mejor es preverlo.¹⁴

El centro natural de aquella ciudad futura ha de coincidir con su centro geográfico, a saber, el sitio mismo donde Roche plantó la Plaza Venezuela, cuando construyó la urbanización Los Caobos. A Luis le complacía citar la frase de Humboldt en la que el gran explorador expresaba:

“Es de sentirse que la ciudad de Caracas no haya sido fundada más al este, abajo de la boca del Anauco y del Guaire, ahí donde se ensancha el valle del lado de Chacao, en una laguna tendida y como nivelada por la permanencia de las aguas.”¹⁵

En carta a Medina del 27 de agosto de 1943¹⁶ Luis Roche escribía: “entre las haciendas de posible adquisición... me permito señalar la Hacienda San José, de la señora viuda de Elías Rodríguez, que pudiera servir de base para construir un parque de recreo... Señalo el hecho de que, en esos 750.000 metros cuadrados podría instalarse un jardín zoológico.”

14. Luis Roche: *La Avenida Libertador, modelo a escala mundial*. “El Universal”, 15-8-1957.

15. Guillermo de Humboldt: *Viaje a las regiones equinocciales del viejo continente*. Traducción Lisandro Alvarado. Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Tomo II, p. 313.

16. Copia en archivos personales.

gico para solaz de los 350.000 caraqueños e ilustración de sus niños". Esto, para mí, constituye el primer esbozo de la idea del Parque del Este.

También en la época abogó calurosamente por el "embaulamiento" del río Guaire, e insistió en que el Capitolio y las oficinas de Gobierno debían ser mudadas para el *centro de Caracas*, o sea... para la Plaza Venezuela. A una Junta compuesta por los doctores Carlos Guinand, Luis Malaussena, Alfonso Vidal, Carlos R. Villanueva y Gustavo Wallis, Luis Roche dirigió un extenso informe en el cual proponía como ubicación para el nuevo Capitolio la colina a la entrada de la Hacienda Ibarra, en cuya falda norte está ahora ubicada la piscina universitaria. Sugirió finalmente a Medina¹⁷ la compra, para la Nación, de los terrenos al sur de la carretera del este, frente a la futura Gran Avenida (lo que es ahora la Universidad). Aludió que dichos terrenos de 300.000 metros cuadrados, sólo costaban Bs. 6 el metro cuadrado cuando en la misma vecindad, él mismo acababa de comprarle al señor Lorenzo Mendoza 6.400 metros cuadrados a Bs. 65 el metro!

Una de las ideas precursoras de Luis Roche (aún por realizarse) fue la de un túnel entre Caracas y el Litoral. La llevó bastante lejos, pues constituyó,

17. Carta del 8-8-1942. Copia en archivos particulares.

en 1948, junto con Antonio Rangel Báez, Alfredo Brandt, Alejandro Horn y Armando Sosa, la "Sociedad Promotora de la Cía. Anma. Caracas al Mar", con el objeto de llevar a bien tamaña idea. Un artículo en *El Universal* del 12 de mayo de 1948 nos da una idea de la naturaleza de la obra proyectada.

"Siempre —escribe Luis Roche— me había causado una curiosa impresión de malestar (el mismo malestar que deben sentir los prisioneros) al pensar que Caracas tiene el mar, digamos al alcance de la mano; pero que algún cíclope legendario había colocado maliciosamente, entre la ciudad y el océano, la gigantesca e infranqueable barrera del Avila."

Mandó a realizar un estudio, que expuso en la Bolsa de Caracas¹⁸; esa misma noche, la totalidad del capital de la nueva compañía quedó suscrita. Le da Luis Roche a su proyecto un matiz popular —en el cual, conste, realmente creía—, afirmando que para el hombre de modestos recursos, el túnel

"pondrá a su fácil alcance lo que es hoy placer de ricos o cuando menos de la clase media holgada."

18. *Sixteen minutes from Caracas to the Beach!* "The Caracas Journal", 7-5-1948.

El túnel no haría “doble empleo” con la entonces proyectada autopista, pues serviría a una región de Caracas y del litoral totalmente distinta.

Partiría del extremo de la Avenida Avila de Altamira, tendría 6 kms. de longitud, y se prolongaría con una carretera de 9 kms. que desembocaría en los alrededores de Caribito. Los 15 kms. de la vía tendrían una pendiente uniforme de 6 por ciento. Se divisaría el mar 6 minutos después de salir del valle de Caracas, y se llegaría al litoral a los 15 minutos. Hay que retroceder con el pensamiento a la Caracas de 1948, que se reunía con el litoral por una carretera angosta y multicurva, para darse cuenta de lo que aquel proyecto representaba.

El costo de la obra se había previsto en 40 millones de bolívares, y el tiempo necesario para hacerla entre 2 y 5 años, dependiendo de la naturaleza del terreno que se encontraría. El financiamiento se haría mediante pequeñas acciones vendidas a los dueños de automóviles, más un sobrecargo a los terrenos de Altamira y de Caraballeda, y luego mediante el peaje de los que utilizarían el túnel.

El proyecto no se llevó a cabo por diversas razones. Salió Luis Roche de Embajador para la República Argentina dejando la idea en manos de sus colaboradores. Se le sometió el proyecto al Sr. Ole Sing-

tadt, constructor del Holland Tunnel, entre New Jersey y New York; después de estudiar el asunto, éste comunicó que sería necesario hacer *tres* túneles, y no uno: dos para el tránsito en sendas direcciones y uno para la ventilación. El proyecto se hizo prohibitivo por su costo y fue abandonado. La idea fue revivida en 1957 por el Gobierno de Pérez Jiménez. Se habló seriamente de un nuevo proyecto, mucho mayor y más caro (era la época del Hotel Humboldt). Laureano Vallenilla le pidió a Luis que presidiera la compañía que había de formarse. A éste no le gustó la idea, pues temía que lo utilizaran a él como mampara para cubrir asuntos que no le agradaban. No deseaba, además, colaborar con el Gobierno dictatorial, pero era harto difícil, con esa clase de Gobierno, decir que no. Fui yo comisionado para hablar con Laureano, con cuya familia nos unía una vieja amistad. Le pedí que desistiera de la colaboración de mi padre, por la salud de éste, y no se insistió más sobre el asunto. Pocos meses después caía el gobierno dictatorial.

Caracas, gran ciudad del futuro, pero, ¿con qué agua? Roche nunca dejó de ser optimista en cuanto a la posibilidad de abastecer de agua la ciudad futura de 4.000.000 y más habitantes. Cuando inauguró Los Caobos, puso en marcha, en señal de confianza, las fuentes ornamentales en plena época

de sequía. Tan confiado estaba que incluso recomendó que no se hicieran tanques particulares en las casas, pues consideraba que éstos ya habían pasado de moda. ¡Una equivocación entre muchos aciertos! Pensaba, sin embargo, y con razón, que el problema del agua en Caracas era relativo y que bastaría invertir suficiente dinero para obtener cantidades prácticamente ilimitadas del líquido para la ciudad. La siguiente anécdota resume muy bien su filosofía al respecto.

CARACAS Y EL AGUA

“Alrededor del año 1943 se había constituido un Comité para estudiar la formación de los Bancos Hipotecarios. En efecto, siempre me he preguntado por qué milagro económico se pudo construir la Caracas moderna con simples plazos de un año fijo, ¡y uno de prórroga!

Si no recuerdo mal, entre los componentes de dicho Comité estábamos mi buen amigo Don Enrique Pérez Dupouy y yo. Como tengo la lengua suelta, yo discurrí bastante y emití imprudentemente unas cuantas ideas (digo imprudentemente porque me encargaron de redactar la ponencia de las recomendaciones del Comité).

Como no soy economista sino hombre práctico, creí conveniente volar a Bogotá (viajé por mi cuenta, ¡por si acaso!), porque los colombianos tenían ya para entonces muchos años de práctica en Bancos Hipotecarios, y quería oír sus puntos de vista.

En Bogotá me sorprendió agradablemente descubrir que la avenida más hermosa de la capital, 40 metros de ancho por 14 kilómetros de largo, se llamaba “Avenida Caracas”.

Me pareció un gesto fraternal, que debía retribuirse. Se me ocurrió, pues, hacer un informe razonando sobre la conveniencia de transformar la entonces “Carretera del Este”, hoy Avenida Francisco de Miranda, en una hermosa avenida de 30 metros de ancho. Explicaba, además, cómo podía el Estado actuar para que las expropiaciones nada o casi nada costaran.

Le pedí cita al Presidente Medina para leerle mi informe y evitar así que éste quedara engavetado.

Como Medina me apreciaba mucho, y sabía que le admiraba con deferencia, no sólo me acordó la entrevista en Miraflores, sino que ordenó a dos Ministros que asistieran a ella. Entre éstos estaba el de Obras Públicas.

Temiendo las inevitables antesalas, cometí el error de llegar con 20 minutos de atraso sobre la hora de la cita. Medina me hizo inmediatamente pasar, sin

poder disimular un tantico de mal humor, al decirme:

—Tenía mi horario exactamente calculado y su atraso me va a impedir probablemente oír todo su informe como lo hubiera querido, pues tengo otra audiencia dentro de poco tiempo.

Nos sentamos todos en «mesa redonda», la cual, como de costumbre, era rectangular.

Empecé la lectura del informe. El tema tratado era tan apasionante que Medina se sintió subyugado y me dijo luego:

—Llegó la hora de mi segunda audiencia, pero esto es tan importante y tan interesante que voy a despachar rápidamente esta gente mientras ustedes me esperan de sobremesa, y regresaré a oírles el final.

La conversación que tuve con el Ministro de Obras Públicas es la que voy a transcribir y que justifica este relato:

El Ministro: «Pero bien, amigo Roche, usted siempre con sus proyectos grandiosos, ¿se imagina que Caracas va a seguir creciendo indefinidamente?

—Claro que sí, ¿y por qué no?

—Porque no tendríamos suficiente agua para darle. En ese momento me quedé estupefacto de que to-

do un Ministro de Obras Públicas, cuyo nombre callo porque falleció, tuviera tan poca imaginación.

Le pregunté, en forma un tanto impertinente:

—Suponga un momento que yo sea el Marajá de Kapurtala —lo que no es cierto— y, además, que yo esté loco, que quizás lo sea.

Yo a usted, ingeniero civil, le ordeno y costeo la traída del agua del Mississipi a Caracas. Dígame si esto es física y técnicamente imposible.

El hombre comprendió la dura lección que le estaba dando y creyó salirse con la suya replicando:

—De acuerdo, sería posible; pero entonces no resultaría económico.

A lo cual estallé:

—¿Y dónde se habrá visto que ha de ser económico el cumplimiento del primer deber de un gobierno: «dadle agua al sediento»?

Ustedes la pueden traer del Tuy. Luego del Apure, y si no alcanza, del Orinoco, con la ventaja de que, si los caraqueños fueran tan numerosos y estuvieran tan sedientos que no resultara suficiente nuestro Río Padre, le pedimos una palomita a los brasileños ¡y nos prestan el Amazonas!»

El regreso de Medina puso afortunadamente fin a este incidente, que amenazaba con ponerse trágico. Ahora bien, insistiré nuevamente en que, contrariamente a una opinión difundida en Caracas «nunca jamás» ha habido aquí un problema de agua. Lo que ha habido y sigue habiendo es un problema de finanzas.

Con ella se pueden hacer embalses en las numerosas quebradas dispersas en toda la región montañosa en que está situada Caracas.

El embalse permite almacenar la enorme cantidad de agua que cae durante los ocho meses de lluvia, para luego usarla en los cuatro meses de verano.

En fin, el día en que ya eso no fuera suficiente, se traerá más agua del Tuy y hasta del Apure, como más arriba se dice. Llegamos a la halagadora conclusión de que el agua, para la enorme metrópoli caraqueña, es prácticamente ilimitada. Ahora bien, hay otro aspecto: el de la distribución. Si los ingenieros no prevén desde ahora las tuberías para surtir los edificios de 10 a 15 pisos que se construirán finalmente en casi todas las calles y avenidas, entonces nuestros hijos y nuestros nietos deben prepararse a vivir en una ciudad con las entrañas permanentemente abiertas. Amén. ¡Que así no sea!

P.D. El INOS proclamó que para su cuatricenario Caracas tendría agua (espero que *distribuida*) para 3.000.000 de habitantes. ¡Bravo! No olvidemos que, para dentro de 20 años se necesitaría ampliar una vez más el acueducto, esta vez para 6.000.000 o más de habitantes.”¹⁹

En un estudio reciente²⁰, P. P. Azpúrua muestra que, en base al sistema del Río Tuy sería posible “abastecer los requerimientos de Caracas y su zona de influencia” hasta “alrededor del año 2000” y que existen unos 500 millones de metros cúbicos por año de reserva, que nos permiten seleccionar mejores soluciones o poder abastecer una población mayor que la prevista. La capacidad total podría abastecer, según dicho estudio, a 8.800.000 habitantes (pp. 27 y 28).

Fue Caracas, pues, el tema central de la vida de Luis Roche. Pero él estaba lejos de ser un hombre de un solo interés. Cultivó tres “hobbies”: los viajes, el cine y la charla pública. Veremos en capítulos venideros lo que esos pasatiempos significaron para él.

19. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

20. P. P. Azpúrua: *El Problema del agua en la Caracas del futuro*. “El Farol”, 216, enero-marzo, 1966.

CAPITULO VII

**SURAMERICA VISTA POR UN
VENEZOLANO**

Por herencia de sus aventurosos antepasados, Luis Roche disfrutaba mucho de los viajes. Iba con los ojos abiertos, dispuesto a absorber los detalles humanos y las bellezas del paisaje. Viajaba siempre acompañado por Beatrice, su esposa y, a veces, con otros familiares o amigos. En 1928, realizaron un largo viaje por Italia, con Federico Alvarez Feo y su hermana Josefina de Marturet; en 1929 a España, con Don Emilio Roche, y en 1930, también con Don Emilio, a Alemania, Austria y Checoslovaquia. Desgraciadamente, sólo nos quedan fotografías del último viaje, y ninguna crónica nos ha transmitido las impresiones de Luis.

En abril de 1944, asegurado ya el éxito de Los Caobos, y vendida la mayoría de sus parcelas, con el fin de descansar de los efectos del infarto, partió Luis Roche, en compañía de su esposa, para un largo viaje por la América del Sur.

Esta vez tomaron la vía aérea, utilizando los DC-3 de entonces, en viaje de ritmo descansado, ya que duró desde abril hasta fines de agosto de 1944. Un año más tarde, en 1945, consignó sus impresiones de viaje en ameno libro titulado: "Sur América vis-

ta por un venezolano" (Tipografía La Nación, Caracas, 1945¹), vendido luego a beneficio del bienestar estudiantil. El libro estaba dedicado

"en pro del embellecimiento de Caracas, a la memoria de mi padre Emilio Roche, caraqueño como yo, quien me legara un ejemplo de rectitud vertical y de optimismo sonriente."

Comenta Luis Roche en el Prefacio:²

"Yo tenía la convicción, a través de todas mis andanzas anteriores de ser... un capillero de paisajes. ¡Yo absorbía tantas impresiones gratas! ¡Me enjuagaba los ojos con tantas visiones agradables! Y ¡no las compartía con nadie!"

En ese viaje, Luis Roche resolvió anotar sus impresiones y publicarlas, para no ser más

"el capillero que tomaba su whisky a toda carrera, con el temor de que alguien lo viera y le pidiera un brindis, sino el amigo optimista y risueño que se complace en compartir su copa, a la par que su alegría, con un amplio círculo de joviales y simpáticos amigos..."

¡Todo un programa, muy característico de Luis!

1. La obra fue reeditada, en 1949 (Imprenta López), en Buenos Aires; las citas que aquí hacemos están tomadas de dicha edición, a menos de mención contraria.

2. Primera Edición.

El libro, por lo demás, no pretendía ser profundo. Reza el Prefacio de la 2ª Edición:

"Dimos a la luz un librito sin ninguna pretensión, donde escribimos como hablamos, apartando retóricas y rebuscamientos."

Era, más que todo, un *journal de voyage*, ameno, lleno de las observaciones rápidas de un turista que pasa, con interés especial por la gente —por afición— y por el urbanismo —por profesión.

Nota en cada sitio detalles de construcción y *city planning*, como se estila decir ahora. Guiados por él, visitamos sucesivamente a Medellín, Bogotá, Guayaquil, Quito, Lima, Santiago de Chile, los lagos chilenos del sur; atravesamos en ferrocarril a Chile y la Argentina, hasta llegar a Buenos Aires, a la cual el autor dedica varios capítulos; seguimos por Montevideo, São Paulo y, finalmente, Río de Janeiro.

Algunos apuntes urbanísticos: en Medellín, las casas tienen

"grandes aleros avanzando hasta cubrir las aceras, por las que transita la gente, protegida del sol y de la lluvia. Los tales salientes sirven de alojamiento a verdaderas tramas de hilos eléctricos y telefónicos, lo que resulta poco estético."

Ante el paisaje que divisa desde la ventanilla del avión, en el amplio valle del Cauca, Luis Roche no puede dejar de evocar

“la colosal urbanización que aquí podría trazarse.”

Admira en el Ecuador la ciudad de Quito, y en particular las antiguas iglesias, anotando empero que

“las urbanizaciones... son poco menos que inexistentes.”

Desde el punto de vista urbanístico, considera a Lima la ciudad más interesante de América. Admira la manera audaz con que allí se han resuelto los problemas de vialidad, y la forma en que se ha conservado el aspecto colonial, aún en lo moderno. Lamenta que Caracas no pueda jamás compararse con ella, aun en el futuro. Comenta, no sin un asomo de patriotismo:

“Es justo reconocer que, si la historia del Perú pudo cristalizarse mayormente en piedra por la riqueza del Virreinato, la de Venezuela sólo se escribió con sangre, en campos de batalla esparcidos por los cuatro puntos cardinales.”

Anota los cien kilómetros de avenidas, de cien o más metros de ancho —de los cuales más de 60 se encuentran en el mismo casco de la ciudad— y, en especial, el paseo de la República. Se extasia

ante la decoración floral de muchas avenidas y se admira de que

“las flores, la grama, los árboles de estas urbanizaciones, ya en manos del Municipio, son cuidadas con esmero por éste, quien ha comprendido que ellas son las que dan a la ciudad la sensación exquisita, y única en Sur América, que se lleva el visitante”.

En La Plata, Argentina, comenta que ésta

“es una ciudad que se merece más que ninguna el calificativo de moderna, en el sentido que fue planeada y dibujada en el papel antes de ser construida. Gracias a ello sus calles, amplias y racionalmente trazadas con diagonales y plaza central, son un modelo de inteligente urbanismo”.

En Buenos Aires, se siente atraído por los hermosos edificios, en particular por el Ministerio de Hacienda y por la Facultad de Derecho que

“parece desafiar todo el arte moderno con la exquisita pureza de su arquitectura, vieja de 2.500 años, que la inteligencia humana no ha podido aún superar”³.

3. Luis Roche, a pesar de su audacia y de su pujanza en asuntos prácticos, conservó siempre la idea de que los griegos, y, después de ellos, los italianos del Renacimiento, habían fijado de un vez por todas los cánones de la belleza.

Pero no se trata en el libro sólo de urbanismo: Luis Roche deja

“que cabalgue la loca de la casa y también que asome de vez en cuando un tanto de la filosofía optimista y un poco irónica que nos ha ayudado durante la vida a sobrellevar alegremente su carga, riéndonos de los demás y frecuentemente de nosotros mismos”⁴.

En Viña del Mar, comenta:

“nos cuenta el guía que, por cada hombre que juega, juegan diez mujeres. Nada extraño encuentro en ello, pues está visto que la mujer siempre ha sido partidaria de los juegos de azar. De ahí su atracción hacia el matrimonio”,

y en Quito:

“también observamos que los quiteños llaman sistemáticamente «señorita» a todas las damas, así sean de cierta edad o de edad incierta, o así vayan llevando a rastra toda una caravana de hijos. Hay que convenir que estos quiteños son muy sutiles y lisonjeros”.

En el tren chileno que le lleva de Santiago hacia los lagos del sur, aparece esta graciosa y vívida descripción de la experiencia habida en los vagones dormitorios del tren (pág. 88):

4. Prefacio, 1ª edición.

“Luego a la cama; sí señores, a la cama. Un empleado del tren baja unas literas que estaban escondidas, y en pocos minutos el vagón queda transformado en gran dormitorio común de 25 camas de dos pisos, separadas simbólicamente por pasadizo central y aisladas por espesas cortinas.

Todos ustedes han visto frecuentemente en el cine escenas que ocurren en estos dormitorios rodantes y se dan cuenta de cómo están formados. Lo que sí no se figuran son las escenas cómicas que ocurren cuando un respetable y corpulento señor (advertimos que no estamos hablando de nosotros, porque, aunque respetables, no somos corpulentos), se ve obligado a subir a su litera alta por una escalerita de bombero o de mono y luego, sentado en su cama, doblado el espinazo porque su cabeza tropieza con el techo, está en la necesidad de desnudarse en esta incómoda posición.

Menos mal que la cortina esconde a los ojos de los vecinos la suma de esfuerzos, de acrobacia y de contorsiones con las cuales nuestro viajero tiene que ayudarse para poder cambiar su indumentaria de viaje por el plácido y burgués pijama. Al fin, terminado su calvario, nuestro hombre llega a la meta, y, extenuado, se encuentra entre sábanas. Trata de conciliar el sueño, pero tiene la impresión de estar viviendo una pesadilla en la cual su cama, presa de diabólico delirio, se lo lleva dentro de las

tinieblas a velocidad vertiginosa, en medio de tremendo barullo y de violentas sacudidas. Al fin el sueño, ese constante ensayo de la muerte, lo anestesia y nuestro viajero se hunde en la catalepsia nocturna."

A pesar del voto inicial de sencillez, las frases cantan a veces en forma literaria. A la orilla de un lago chileno, en una noche tranquila, escribe:

"ni ruido, ni voces, ni los benditos ladridos de perros que corroen las dulces noches caraqueñas".

Y, a través de todo el libro, brota un optimismo natural ante el progreso y ante la técnica. Ni un momento le preocupan los aspectos negativos de la edad moderna; vaticina avances aún mayores que nos esperan. Escribe, hablando de los aviones:

"Este progreso fantasmagórico impulsa a meditaciones. No puede uno menos que evocar nuevamente aquel nuestro abuelo, el hombre de las cavernas, pobre e indefenso entre tantas fieras infinitamente más fuertes y más rápidas que él. Aunque sus piernas eran musculosas y estaban entrenadas por las constantes cacerías necesarias a su subsistencia, la mayor parte de los animales, más débiles pero más rápidos, huían de él sin dificultad, mientras era fácil presa para los más fuertes que se desplazan con mayor celeridad que la suya.

Pero, además de piernas mediocres, su cuerpo peludo de cuasimono poseía en su parte superior, dentro de la caja craneana, uno o dos kilos de una materia gris, blanda y de repugnante aspecto, pero de gusto exquisito para los carnívoros que, de vez en cuando, lograban devorarla.

Pues bien, es única y exclusivamente gracias a esos dos kilos de cicunvoluciones cerebrales que, mientras los demás animales seguían corriendo a la misma velocidad de siglos atrás, el *Pithecantropus erectus* logró mejorar ligeramente la suya pasando, durante las 12 horas de luz diurna, ¡de 60 kilómetros a 11.000!

Observemos en un cuadro comparativo las etapas sucesivas que marcan el progreso de la velocidad humana, comparando las distancias que el hombre ha podido recorrer en las 12 horas de luz diaria.

Mientras caminó, el hombre recorrió .	60 Kms.
Luego, a caballo alcanzó	120 "
El auto le permitió llegar a	700 "
Con el avión DC-3 a	3.000 "
Con el avión DC-6 a	6.000 "
Con el avión cohete, probablemente a	36.000.. "

es decir, 600 veces más ligero que el hombre primitivo.

En efecto, los ingenieros han llegado ya a la velocidad de 3.000 kilómetros por hora en proyectiles

cohetes, a los que sólo falta preparar para que transporten pasajeros.

¡Conque a viajar pronto a 3.000 kilómetros por hora!”

¡Perspectiva que entusiasma a Luis Roche! y continúa, entusiasmándose aún más:

“Advertimos que no es una juliovernada. Además nos parece que 3.000 kilómetros por hora en el aire, vienen a ser una lentitud de «morrocoy paralítico» si se compara, por ejemplo, con la velocidad de la tierra; velocidad ésta a la cual estamos viajando todos los humanos sin siquiera darnos cuenta de ello” (págs. 69 y 70).

En los diversos países que visitó Luis Roche, mostró su película documental *Caracas, eterna primavera*. E hizo una serie de charlas sobre Caracas y sobre sus proyectos urbanísticos.

Adquirió Luis Roche en su viaje por Argentina una gran admiración por Buenos Aires, que le llevó a aceptar, más tarde, la Embajada de Venezuela en ese país. Fue nombrado en 1948 Embajador en la República Argentina por Don Rómulo Gallegos, con quien tenía nexos de amistad personal. En mayo de ese año salió para Buenos Aires el nuevo Embajador, y pronto presentó sus cartas credenciales a Perón. No por ello abandonó su sencillez y, cuando montó en calesa para dirigirse a palacio, y lo pa-

searon por las calles bonaerenses entre el público que lo vitoreaba, se hizo a sí mismo observaciones humorísticas. Oigámoslo describir el acontecimiento:

“Para aumentar lo solemne y emocionante del acto, la multitud apiñada aplaudía calurosamente. Al tener que corresponder a estas manifestaciones con saludos y sonrisas, me ponía a estudiar mis impresiones y encontraba en mi espíritu una mezcla de emoción, de impresión, de orgullo por mi país y hasta su partecita de ironía: cuarenta años de vida familiar y sencilla, de costumbres superdemocráticas como las que llevamos en Caracas me hacían sonreír interiormente al pensar que en ese momento no era el rey de Inglaterra o el Presidente de tal país el que estaba viendo yo en un noticiario, sino yo mismo, el Luis Roche de las charlas, de los gestos y de las costumbres sencillas...

Mucho tiempo no me dejaron para analizar sentimientos. Los caballos tirados de la rienda pararon bruscamente, con imponente ruido de cascos. Un *valet de pie* se precipitó y desenvolvió los estribos de la calesa. Bajó el edecán, bajó el Introdutor de Embajadores y al fin, con toda la prosopopeya que me fuera posible mostrar, puse pie en tierra. Encuadrado por ambos personajes empecé a subir la monumental escalera vestida con alfombra espesa. En ambos lados de ella y cada diez escalones dos oficiales de granaderos, con el sable desenvainado

y tendido a punta de brazo, formaban un arco marcial, bajo el cual íbamos pasando. Al fin llegamos al vestíbulo de una gran sala. Allí dejamos sombrero, sobretodo y guantes, y, con las Cartas Credenciales en la mano (que por milagro no había olvidado)⁵, penetramos en la gran sala. En el extremo de ella el Presidente, General Perón, con cinco o seis personajes a su lado, en uniforme militar, me esperaba”⁶.

No era Luis Roche diplomático de carrera pero estaba deseoso de servir a Venezuela, y sus cualidades y dotes personales, así como las de su esposa, lo hacían particularmente apto para ello.

“La vida diplomática me gusta bastante —escribía a su hijo Marcel—⁷ pues me lleva a frecuentar mucha gente, cosa que, para un conversador empedernido como yo, es generalmente interesante. Sabes, además, sin duda, que nada es más melancólico para mí que sentirme solo o aislado, sobre todo en una ciudad grande.”

En Buenos Aires hizo una representación diplomática destacada, dando junto con su esposa numerosas recepciones, donde ambos brillaban por su

5. Referencia a su gran distracción, objeto de chistes familiares.

6. Luis Roche: Carta colectiva a sus hijos, 24 de mayo de 1948. Archivos de Beatriz Roche de Imery.

7. Carta del 8 de agosto de 1948. Archivos personales.

espíritu y su don de gente. Estableció la costumbre de recibir a todo venezolano, de cualquier categoría social, y, en una oportunidad en que no llegaba de Venezuela el monto de las becas de los venezolanos estudiando en Buenos Aires, Luis Roche las pagó de su propio peculio⁸.

Dio numerosas charlas sobre Venezuela y sobre las urbanizaciones de Caracas; mostró sus películas y sus fotografías y, sobre todo, realizó numerosas charlas, en las que brillaba de manera especial:

“Seguramente les interesará —escribía a sus hijos— que les cuente la sensación que estoy causando aquí con dichas charlas, no por su valía, que no la tienen; sino por la manera calurosa, casi diría vehementemente, con que las digo, así como por el buen humor con que las salpico.

Ese procedimiento está en oposición con la costumbre y la tradición diplomáticas, que mantenían y mantienen a mis colegas en una tiesa y congelada prosopopeya. Los argentinos, que son muy ceremoniosos, comienzan por asombrarse, y terminan por encantarse con un diplomático quien, inesperadamente, les divierte y seduce.

El resultado es formidable: logro mantener todo el público literalmente *sous le charme*.

8. Fuente: Antonio Sanabria.

Las consecuencias finales son que la Embajada de Venezuela está colocándose en el primer plano de esta gran metrópoli, y que su Embajador goza de unas emociones que valen mucho, porque adornan la vida y la hacen digna de ser vivida”⁹.

En 1948, a raíz del golpe militar de octubre, renunció a su cargo de Embajador; se quedó, sin embargo, unos meses más, creyendo así cumplir con su deber de venezolano. Pero ya no tenía entusiasmo y, en julio de 1949, volvió definitivamente a Venezuela.

CAPITULO VIII

VIAJERO Y CINEASTA

9. Carta a Marcel Roche, Buenos Aires, sin fecha.

De regreso a Caracas, Luis se sumerge de nuevo en la vida febril y a veces difícil de nuestra capital. Se irrita con las miles pequeñas angustias de las que Caracas es prolija. Le escribe a su hijo para pedirle algún calmante:

“con mi pila eléctrica, heredada de mi madre, no escapo al ambiente, y me irrito por causas que no producen efecto alguno en muchas otras gentes, con sensibilidad menos hiperagudizada.

Espero que no me vayas a contestar que el único remedio sería una reencarnación, en base a una madre «cachazuda»! Debe haber, supongo, la posibilidad de atenuar al menos esas crisis, sea por medio de remedios no virulentos, y sin embargo activos, sea de alguna otra manera”¹.

Sigue interesándose, sin embargo, por proyectos públicos y por obras de interés social. Escribe a su hijo:

“Tengo alguna esperanza de lograr convencer al Gobierno de que el aeropuerto La Carlota debe ser

1. Luis Roche: Carta a Marcel Roche, 12-11-1949. Archivos particulares.

reemplazado por un gran parque y un conjunto deportivo de primer orden”².

Esperanza hasta hoy frustrada, como lo sabemos. Contempla con interés, por otro lado, el continuo desarrollo de Caracas:

“Aquí nada especial —escribe— excepto que, según informaciones seguras, se va a comenzar la autopista que va a unir Altamira a la Plaza Urdeneta del Silencio en 9 minutos.

Nuestra situación, llamada de provincia, al fin del mundo, va a transformarse en situación central”³.

Algunos años más tarde, Luis, en compañía de Beatriz su esposa, emprendió otro viaje largo, esta vez a Nueva York. De formación europea, Luis Roche conocía mal a los Estados Unidos. En la mitad de 1952, viajó a ese país con su esposa y, a pesar de ciertas reservas que el carácter *anglosajón* de los norteamericanos despertó en él, quedó seducido por la sencillez, la generosidad y el dinamismo de éstos, muy en acorde con su propia manera de ser. Escribió una serie de crónicas en *El Universal*, donde relataba sus impresiones. Llegó a Nueva York en época de Navidad, y tuvo la impresión de “penetrar en el reinado de la riqueza y en el imperio de la abundancia”.

2. Luis Roche: Carta a Marcel Roche, 31-10-1949. Archivos particulares.

3. Luis Roche: Carta a Marcel Roche, 17-10-1949. Archivos particulares.

“El viejo Santa Claus, de rostro rubicundo, de abdomen desbordante como el de Buda, siente, cuando penetra en el vasto territorio de yanquilandia, que se le sube el ambiente a la cabeza y se pone a repartir regalos, ya no sólo a los niños, como en otras tierras, sino a todo el mundo, viejos y jóvenes, ricos y pobres”⁴.

Notemos, de paso, cómo en pocos años, bajo la influencia de “yanquilandia” han cambiado las costumbres venezolanas; aquí también ahora San Nicolás, reemplazando al Niño Jesús, distribuye regalos a los adultos igual que a los niños.

Se admiró Luis Roche del *comfort* norteamericano, que incluso llega a invadir los lugares santos. Después de asistir a la misa en la Catedral de San Patricio, escribió:

“Era domingo, de tiempo exquisito... para los esquimales. Hacía un frío polar. Entramos presurosos. Cuál no sería nuestra sorpresa, nuestra agradable sorpresa, al encontrar que el interior de la iglesia estaba agradablemente calentado, a pesar del enorme volumen que encierran sus arquerías de 30 metros de altura.

Luego, al penetrar en uno de los numerosos reclinatorios de madera de la nave central y al arrodillar-

4. Luis Roche: *Abundancia y prosperidad*. “El Universal”, 12-1-1952.

nos, aumentó nuestra sorpresa, nuestra misma agradable sorpresa, al sentir bajo nuestras rodillas, no el duro choque de la madera, sino la muelle caricia de un suave cojín de caucho.”

Y sigue comentando que, en contraposición con la actitud del hombre latino en nuestras iglesias,

“durante la misa en Saint Patrick... todos se arrojan muy largos momentos junto con las mujeres. Las oraciones parecen y deben ser así más unánimes y más fervorosas. Y es así como llegamos a la conclusión, un tanto inesperada, de que, a veces, el confort acerca los hombres a Dios”⁵.

Grandemente sorprendido, observa Luis Roche muestras de una excelente educación en los norteamericanos, quienes incluso llevan su manera de ser hasta extremos de refinamiento *japoneses*, y un tanto cómicos a veces.

“En el Hotel noto que, al entrar una dama al ascensor, todos los hombres se descubren respetuosamente y al salir éstas, se apretujan estoicamente unos contra otros, para permitir que aquellas damas puedan irse las primeras.

Pero pocos momentos después, estos mismos caballeros toman el metro subterráneo. Si logran un

5. Luis Roche: *San Patrick, la gran tienda de Dios*. “El Universal”, 19-1-1952.

asiento, se atrincheran tras un diario, del cual leen hasta los avisos para no verse obligados a ceder su puesto a las señoras.

Por lo que concluyo que la exquisita buena educación neoyorkina es vertical, pero no horizontal...”

“Cuando, en el mismo hotel, pide usted una comunicación telefónica, es la telefonista quien le da las gracias (¡igualito que en Caracas!). Cada vez que, en un recibo o en un almuerzo, llega o se levanta una dama, todos los caballeros se levantan también. Lo cual representa a veces una gimnástica excelente para la difícil conservación de la «línea»”⁶.

Siguen las observaciones sobre la educación “ascensoril” de los americanos. Es cierto que todos los caballeros se descubren cuando una dama entra en un ascensor de hotel, pero

“si usted, deseando respetar esta elegante costumbre, se descubre en el ascensor de algún *building* comercial, entonces lo miran como cosa rara, como provinciano sin duda que no sabe dirigirse dentro del dédalo de las complicadas leyes de urbanidad”⁷.

Descubre Roche la peculiar institución norteamericana del *drugstore* y siente

6. Luis Roche: *Abundancia y Prosperidad*. “El Universal”, 12-1-1952.

7. Luis Roche: *El pueblo yankee* (“aunque usted no lo crea”) *el pueblo más fino de la tierra*. Poseo el recorte del periódico, pero no la fecha precisa de su publicación.

“singular impresión... en aquellos reinados del eclecticismo y de la fantasía. Si viene usted a almorzar, le entra cierto temorcillo de que la tortilla contenga píldoras en lugar de papas o que, en la ensalada, el aceite resulte de ricino en lugar de oliva.

En Venezuela las boticas de antaño también tuvieron cierta tendencia a satisfacer gran parte de los pedidos de sus clientes, si hemos de creer el viejo adagio «hay de todo como en botica». Pero aquellos activos boticarios del año de mil y pico no se atrevieron, como sus lejanos colegas yanquis, a especializarse en el estómago, a no ser para descomponerlo con sus menjurjes. En nuestro país el boticario viene a ser una especie de médico sin graduar, o mejor dicho graduado en la eficaz universidad de la experiencia. Además, como no cobra nada —a no ser sus remedios— receta más de lo que recetaba el propio «Doctor Agüita». Nuestros distinguidos y honorables farmacéutas tienen cierta aureola de semi-sabios a quienes se les dice respetuosamente «Doctor». En cambio, ¿cómo puede usted decir «Doctor», en los Estados Unidos, a un señor a quien puede usted pedirle tanto una inyección de penicilina como un asado bien cocido?”⁸.

8. Luis Roche: *Las boticas y la inmortalidad*. “El Universal”, 1-6-1952.

Visita una exposición de flores y frutas tropicales donde encuentra

“en puesto de honor... nuestro cambur nacional el cual es, según parece, de la especie no política. El cartel omite decir que si en el Paraíso la manzana fue la fruta prohibida, en nuestro país el cambur es la fruta anhelada”⁹.

En estas crónicas, Luis Roche deja rienda suelta a una sonriente “filosofía”. Ante las plantas exhibidas comenta:

“mientras regreso al hotel me sonrío pensando en la suma de cuidados y el costo tremendo de manutención del aguacate, la lechoza, el café, la acacia y el cambur, tan sencillos y modestos todos en su país de origen y tan importantes y pretenciosos bajo el cielo gris y frío de Nueva York. Con lo cual vengo a comprobar, una vez más, la genial solidez de la célebre teoría einsteniana de la relatividad, completada por este pensamiento psicológico-botánico: a los hombres les sucede frecuentemente lo que a las plantas; su valor no proviene de sus propios méritos sino del lugar que ocupan”¹⁰.

9. Luis Roche: *Si los venezolanos anhelan el cambur, en Nueva York lo admiran*. “El Universal”, 23-5-1952.

10. Luis Roche: *Si los venezolanos anhelan el cambur, en Nueva York lo admiran*. “El Universal”, 23-5-1952.

Siempre en el mismo *drugstore* anota:

“que se multiplican hoy las farmacias exclusivamente destinadas a vender esperanzas en frasquito, que no otra cosa resultan generalmente los costosos remedios cuyos principales componentes son el agua y el rótulo, remedios beneficiosos sobre todo para quienes los venden”.

Y continúa la meditación:

“ya que de comida hemos hablado, esto me recuerda una curiosa observación... Pero comencemos por el principio.

Estamos en Londres, en la época esplendorosa del reino de su muy graciosa Majestad Victoria, o sea en el apogeo del Imperio Británico. Esta noche, el famoso Covent Garden, teatro de ópera de prestigio sin par, ofrece una función de gala a la gran soberana.

En la sala rutilan los uniformes y deslumbran las joyas. El telón de grana y oro acaba de caer en medio de clamorosa ovación. A pesar de la flema británica, los espectadores están de pie aplaudiendo frenéticamente, el espíritu y el corazón avasallados por el arte, la potencia y la dulzura de quien canta; nada menos que la Melba. Esta, a su vez, conmovida por las aclamaciones, sonríe al través de algunas lágrimas de emoción, ante aquel triunfo al parecer imperecedero.

Quién le hubiere dicho entonces que ese triunfo, por brillante que pareciere, iba a pasar, como tantas cosas humanas, sin dejar rastro, que su nombre, ignorado por las generaciones futuras, iba sin embargo a alcanzar la inmortalidad pero únicamente por irónica casualidad de que a un cocinero, genial aunque ignorado, se le ocurriera bautizar un simple postre, hecho de un durazno con helado, llamándolo «Peach Melba». Asimismo uno de los grandes escritores del romanticismo francés debe su fama universal, no a sus libros, desconocidos aunque excelentes, sino a que otro cocinero diera su nombre: *Chateaubriand*, a un asado de carne, aunque en él no se descubra poesía por ninguna parte y romanticismo mucho menos. La moraleja de estas observaciones aparece claramente: lector amigo, si tú quieres también alcanzar la inmortalidad, no trates de demostrar genialidad, busca más bien la amistad de algún ilustre cocinero”¹¹.

Ante el apuro y el trajín de la gente, comenta que “quizás resulten sabios, o cuando menos filósofos, aquellos peones campesinos nuestros quienes, dulcemente tendidos a la sombra de un cafetal, tienen ganas de trabajar, pero estoicamente se las aguantan”¹².

Asiste a una función de *Don Juan en el infierno* extraída de la obra *Man and Superman* de George

11. Luis Roche: *Las boticas y la inmortalidad*. “El Universal”, 1-6-1952.

12. Luis Roche: *New York, Torre de Babel con idioma propio*. “El Universal”, 2-3-1952.

Bernard Shaw, con Charles Boyer, Charles Laughton, Sir Cedric Hardwick y Agnes Moorehead y esto lo lleva de nuevo a filosofar:

“cuando el Hombre hizo su aparición sobre la superficie del globo terráqueo, de eso hace ya un ratito, quedó mezclado entre los animales como un animal más. Andaba muy probablemente en cuatro patas. El primero de sus gestos geniales fue seguramente el de pararse en las dos patas de atrás, posición ésta que ha conservado hasta ahora y que sólo abandona, moralmente, cuando suele cometer alguna de esas burradas que parecen justificar los vituperios de Don George. Siempre gracias a las admirables radiaciones de sus dos kilos de materia gris, el «animal-hombre» comenzó y prosiguió la evolución que separa el *Pithecanthropus erectus* del sabio Einstein y de los hombres del futuro, quienes dominarán los elementos, retardarán casi indefinidamente la muerte y pasearán por el Universo, de estrella en estrella”¹³.

De todo aquello que veía, Luis conservaba la imagen en su mente para volcar más tarde su experiencia en realizaciones urbanísticas. Algunas de las imágenes vistas persisten en las numerosas películas que realizó. Comenzó a filmar alrededor de 1932, época en que todavía el cineasta aficionado era una rareza. Muchas de la películas muestran escenas familiares,

13. Luis Roche: *Don Juan en el Infierno*. “El Universal”, 9-2-1952.

o las habituales secuencias de viajes, pero distinguidas por la seguridad del encuadre y del montaje (siempre realizado por él mismo) y por la calidad de la imagen. Tres son las películas de Luis Roche que sobresalen de la rutina del aficionado: aprovechamos para revisarlas aquí, siguiendo un orden cronológico.

1) *Bandidos de agua dulce*¹⁴

El genérico, escrito en la oportunidad de una re-edición de la cinta, años más tarde, reza así:

“Adaptación de la novela por escribir del célebre y desconocido autor Oscar Rodríguez Machado, quien dio a luz el libreto.

Dirección, Foto y Narración: Cecil de Mille, alias Luis Roche.

Desarreglo musical por el maestro Toscanini, disfrazado de Gonzalo Plaza.

Ruidos especiales: autores anónimos, por modestos... y por malos!

El costoso elenco de estrellas y planetas es el siguiente:

Guido de Rocas Blancas: Carlos Sosa R.

Betty, su gentil esposa: Liliane Roche.

14. Filmada alrededor de 1935, blanco y negro, 16 mm. Duración aproximada: 35 minutos.

O. K. Superlapo, el genial detective: Armando Sosa y su feroz sabueso.

Vinagrina, su dulce media naranja: Yolanda Pietri.

El tío, y ¡qué tío!: Fico Rivero.

Su «viejita»: Beatriz Yanes.

Chupararices, Jefe de Bandidos: Pedro Mendoza.

Vorágine, su compañera: Antonieta Machado.

Bandidos (sólo en la película):

«Triquitraque»: Oscar García Velutini.

«Palo ensebado»: Victorino Márquez.

«Ay, mamá!»: Hernán Vogeler.

El posible parecido de jovenzuelos alocados y sin importancia con gente seria y pesada no es intencional y sólo fruto de la casualidad.

En la fiesta final podrán ver numerosos jovencitos, hoy serios doctores con imponente abdomen, así como dulces niñas de 16 primaveras, hoy madres de familia con ensañamiento y alevosía. Además esas ex-niñitas están corriendo el grave e inminente peligro de volverse abuelitas, mientras los autores del film tienen las agallas de llegar a centenarios.”

La película está hecha en la misma vena del texto del genérico. Tiene sólo la pretensión de divertir a los actores y a sus amigos, y todavía logra su finali-

dad. La historia es sencilla: Guido de Rocas Blancas trae a Caracas a su esposa Betty, con quien acaba de casarse. En su Ford descapotable, último modelo, le muestra a Betty su bella ciudad. Se alojan en la hacienda de sus tíos, y allí viven felices. Unos bandidos “de agua dulce”, que por allí merodean, raptan a Betty y dejan un billete pidiendo Bs. 50.000 por el rescate. Guido, acompañado por el tío y por un célebre detective, O. K. Superlapo, persiguen a caballo a los ladrones, los capturan y rescatan a Betty. Todo termina con una fiesta suntuosa (filmada en color, cosa inaudita en las películas de aficionados —y hasta de profesionales— de la época). La actuación estelar es la de Fico Rivero, quien en el papel del tío, se revela como excelente cómico.

En una de las tomas, se ve a Guido paseando a Betty por la recta de Los Caobos. Luis Roche relataba que fue necesario esperar una hora antes de tomar la escena, pues quería dar la sensación de tráfico, y, en esa hora, sólo pasó un vehículo.

Otra película de Luis Roche que fue célebre es *Caracas eterna primavera*¹⁵. El objeto de Luis Roche, al filmar este documental, era el mostrar sus imágenes favoritas de la querida ciudad. Cuatro son los aspectos que aparecen allí: urbanizaciones y ca-

15. Kodachrome, 16 mm. Duración aproximada: 55 minutos. La versión que existe ahora es resultado de muchos empates y adiciones, que se extienden desde aproximadamente 1938 hasta 1945.

sas, demoliciones de viejas estructuras, muchachas bonitas y flores de brillante color. Ningún aspecto sórdido, ni pobre, ni folklórico. Resulta la impresión de una ciudad donde se vive lenta y suavemente, entre las flores y jardines, sin cuidados ni cuitas, en fin "lo que el viento se llevó". El ritmo de la película es lento pero la fotografía y los colores excelentes salvan la producción. La película revela el carácter incurablemente optimista de su autor.

La obra maestra de Luis Roche fue *Venecia la incomparable*. Va dedicada "A Venecia, último refugio de la poesía"¹⁶. La película fue filmada por Luis durante dos estadias de tres meses en la ciudad lacustre, en 1955. Difícil es decir algo nuevo sobre Venecia —en palabras o en imágenes—. Escribe con agudeza Mary MacCarthy¹⁷: "Sophistication, that modern kind of sophistication which begs to differ, to be paradoxical, to invert, is not a possible attitude in Venice". Luis Roche, ante Venecia, no siente la menor resistencia, el menor escepticismo; simplemente ama a esa ciudad, sus canales, sus piedras, sus clichés, sus falsas fachadas, sus *trompe l'oeil*, y se entrega a ella sin reservas. Así produce esta bella película, romántica y barroca a la vez, pero

16. Kodachrome, 16 mm. Duración aproximada: 28 minutos. Musicalización: Gonzalo Plaza. Recibió la Placa de Bronce en el Festival Internacional del Film Aficionado, Cannes 1957.

17. "Venice observed". Reynal and Company, New York, 1956.

sincera, hecha con los ojos de un turista maravillado, y, justamente, con ingenua *sophistication* de buena ley.

La película es un simple paseo por Venecia, por sus canales, sus calles, sus fábricas de vidrio y de encajes. El ritmo de la imagen es tranquilo como el de un hombre que calleja; la fotografía es excelente. Los comentarios, de Luis Roche y leídos por él, en su voz matizada y emocionada, contribuyen al fresco encanto.

CAPITULO IX

ULTIMOS AÑOS

En sus últimos años, Luis Roche siguió trabajando, pero a ritmo más lento; construyó al lado de la Plaza Venezuela, en el año 1953, la *Gran Avenida*, uno de los centros comerciales más elegantes de Caracas, además de varios edificios de oficinas y apartamentos.

Además de sus actividades de constructor continuó Luis sus hobbies principales: la charla pública, el cine y la fotografía. La charla pública constituía para él un gran placer; ya lo hemos notado a propósito de su Embajada en Argentina. Le gustaba dominar y seducir a su público y, para ello, le bastaba con dejar hablar su naturaleza sonriente y generosa. Lo único *estudiado* en su manera de charlar en público era su elocución, que según lo afirmaba, debía ser muy lenta, como la de los buenos actores. Los gestos sorprendían al comienzo por su vehemencia y por su barroquismo. Luego, la audiencia intuía que éstos eran sumamente *naturales*, bien de acuerdo con el temperamento del charlista, y el público entraba en el juego y se dejaba seducir. En sus disertaciones habladas, como en sus escritos, Luis Roche usaba la frase corta (nótese sus párrafos múl-

tiples, muy breves cada uno), la anécdota concreta, la parábola y el chiste. Insistía en la necesidad de la *claridad*. No hay duda de que hubiera podido ser un orador político de primera clase; pues su audiencia terminaba *embruja*da. Pero rechazó siempre, y a sabiendas, el abuso de su fuerza de persuasión.

Siguió escribiendo, de cuando en cuando, sus crónicas periodísticas, dando charlas en diversos sitios, y viajando. Es interesante notar, sin embargo, que durante los episodios de las grandes dictaduras, específicamente la de Gómez y la de Pérez Jiménez, la producción periodística de Luis Roche desaparecía casi totalmente. Veía las dictaduras y su aparente brillo con un pesimismo fundamental, pues sabía que siempre terminaban mal. Pero no le gustaban los líos, y prefería callarse. En su libro póstumo, encuentro el siguiente episodio, que se refiere a Pérez Jiménez.

"PEREZ JIMENEZ EL FUNICULAR Y YO

Recuerdo que, habiéndome encontrado por casualidad en presencia de Pérez Jiménez, a la sazón Jefe del Estado¹, éste me preguntó:

1. Este encuentro ocurrió en el Club Tanaguarena, donde Pérez Jiménez había ido a bañarse con sus edecanes.

—Dígame, Don Luis, qué opinaría usted de un funicular al Avila?

Yo, con mi franqueza habitual, y cumpliendo con un deber ciudadano, le contesté:

—Creo que sería un fracaso total.

—Y por qué?

—Por una serie de razones.

- 1) Porque en nuestra época de autos y aviones el funicular es un medio de transporte de una desesperante lentitud.
- 2) Porque la casi totalidad de los funiculares en el mundo, o están quebrados o están vegetando, o sólo se sostienen porque sus pérdidas son sufragadas por los gobiernos respectivos.
- 3) Porque, en Caracas, un funicular sería visitado sólo durante los primeros tiempos y luego desertado por el público.
- 4) Porque los panoramas de altura, buscados en otra época, ya no llaman mayormente la atención, sobre todo si son fijos como el que se vería desde el Avila. En efecto, hoy los aviones nos proporcionan paisajes renovados sin cesar.

Según supe después, Pérez Jiménez tenía ya la intención de hacer su funicular y su Hotel Humboldt,

con lo cual ha logrado la hazaña sin igual de situar dos elefantes blancos a semejante altura.

Seguramente, me consultó él (la primera y última vez que me consultara) con la esperanza de que yo, aficionado a toda obra de envergadura, se la iba a aprobar con entusiasmo.

El hombre no dejó traslucir su desilusión y, como tantos otros hombres de Estado, recordó que él no oía sino a aquellos que le aconsejaban lo que ya tenía la intención de hacer.

Me soltó, frío, con un:

—Muchas gracias, Don Luis.

Y desgraciadamente hizo el funicular de Caracas al Avila, lo cual es malo; y el otro, del Avila al litoral, lo cual es aún peor!"².

En otra oportunidad, manifestó Luis su convicción democrática sugiriendo que Venezuela cambiara su Constitución para establecer no el Gobierno de un solo hombre, sino el mando colegiado, sobre el modelo de Suiza o del Uruguay³.

En abril de 1953, en gesto filantrópico, Luis Roche fundó el Instituto de Investigaciones Médicas

2. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

3. Luis Roche: *No tengamos más Presidentes funestos, sino gobiernos colegiados*. "El Universal", 23-2-1958.

(Fundación Luis Roche). Para la época, aún más que hoy, la investigación original era todavía en Venezuela una actividad esotérica, y pocas personas se dedicaban a ella, con muy honrosas excepciones, como la del Dr. Augusto Pi Suñer y sus discípulos. En 1952, cerrada la Universidad por el Gobierno, las actividades científicas se redujeron a la nada en el país. Habiendo regresado a Venezuela en julio de 1951, al terminar mis estudios de post-grado, había yo comenzado a trabajar, aunque en forma todavía no oficial, en la Cátedra de Fisiopatología de la Escuela de Medicina de la Universidad Central, de la cual estaba encargado Francisco de Venanzi. En octubre de ese mismo año, la Universidad fue cerrada. Deseando entrar a mi laboratorio encontré un buen día que su acceso había sido prohibido. En ese momento de absoluta inactividad investigativa, mi padre y yo pensamos que sería útil mantener candente una pequeña llama; para ello, Luis Roche suministró los fondos necesarios que permitieran el funcionamiento de un laboratorio de Investigaciones Médicas. Al principio, éste se instaló en los locales del Laboratorio Médico-Analítico, en el Puente Mohedano; y formaron parte del grupo inicial, además de Marcel Roche, Director; Francisco de Venanzi, Sub-Director, y Jorge Vera, a los cuales se fueron agregando Miguel Layrisse, Gabriel Chuchani, Luis Carbonell, Karl Gaede, María

Enriqueta de Pérez Giménez, Gloria Villegas, Raimundo Villegas, la Dra. Coronil de Pantaleo, Rubén Coronil y los señores bioanalistas Andrés Gerardi, Abraham Levy, José Forero y Francisco Peña.

En 1956, los laboratorios fueron mudados a una quinta alquilada, en la Plaza Morelos, donde funcionaron hasta 1958. Durante aquellos tiempos, el Instituto de Investigaciones Médicas mantuvo vivo el ambiente de investigación libre. En él se ejecutaron trabajos sobre bocio endémico (Premio Nacional de Investigación José María Vargas, 1955), sobre diabetes (Premio G.E.N., 1957) y sobre anemias tropicales. Por primera vez en Venezuela se utilizaron en investigación isótopos radiactivos; en total, la Fundación Luis Roche publicó 54 memorias y contribuciones científicas.

Cuando fue derrocado el régimen dictatorial en 1958, el país se encontró casi yermo de investigadores activos, y el grupo pequeño de la Fundación Luis Roche tuvo que contribuir a levantar la ciencia en Venezuela. El Dr. Francisco de Venanzi pasó a ser Presidente de la Comisión Rectora de la Universidad Central de Venezuela y más tarde Rector de la misma; el Dr. Jorge Vera pasó a la Universidad de Carabobo, de la cual es ahora Vice-Rector. En cuanto al Dr. Marcel Roche, se le pidió que reorganizara el Instituto Venezolano de Neurología

e Investigaciones Cerebrales (IVNIC). Aceptó el difícil cargo, esperando poder regresar a la Fundación Luis Roche una vez pasado el período de reorganización del IVNIC. Las circunstancias, que no había previsto al aceptar el cargo, decidieron otra cosa.

Encontró, muy a sorpresa suya, que el referido Instituto, para la época del derrocamiento de la dictadura, sólo contaba con un investigador activo, a saber su fundador y Director, Dr. Humberto Fernández Morán.

Ante aquella perspectiva, nos pareció lo más importante justificar la existencia de tan espectacular Instituto poniéndolo pronto en marcha. Para ello se llevó al IVNIC gran parte del personal de la Fundación Luis Roche, que formó su núcleo inicial. Dejó pues de existir el Instituto de Investigaciones Médicas como tal, pero cumplió la tarea de establecer la continuidad y fue gracias a ésta como se hizo posible fundar un nuevo Instituto: el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, en febrero de 1959, con objetivos totalmente distintos. Esta idea fue aprobada por Luis Roche. Dejemos para otro sitio la historia detallada de la Fundación Luis Roche y de su destino, así como el del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. En 1961, Luis Roche tuvo algunos trastornos cerebrovasculares, que le produjeron vértigos y ataques

transitorios de parálisis. Por sugerencia de su médico, el Dr. Otto Lima Gómez, lo llevé al Instituto Neurológico de la Universidad de Columbia, donde el Dr. Houston Merritt le diagnosticó una arterioesclerosis cerebral, y le ordenó anticoagulantes, con excelentes resultados, que permitieron a Luis mantener su actividad física y mental durante varios años más.

La resultante mejoría renovó su entusiasmo por sus labores. Diariamente iba a su oficina, donde dirigía todos sus negocios personalmente, sin permitir siquiera consejos u opiniones de sus hijos y de sus yernos. Construyó, en 1963, los edificios Junín y Ayacucho en la Avenida Libertador, en un momento en que la confianza desertaba una vez más el sector público. En esas circunstancias hizo alarde de su confianza en unas declaraciones a la prensa:

“Cuando la gente vea que estamos construyendo estas torres, en plena época electoral, se preguntará: ¿pero este Roche está loco?

—No, no estamos locos —se contestó con una gran sonrisa.

Y en seguida dijo al reportero:

Anote esto, para que lo publique en el diario: Don Luis Roche pasa por ser una persona equilibrada, prudente y visionaria (¡Todo un programa!).

El hecho de que se lance a acometer una operación de tal envergadura en los momentos difíciles de una elección presidencial agravados por la campaña de terrorismo político y hamponil, este hecho, decimos, debe aportar un elemento tranquilizante que combatirá la tendencia a cierto temor por parte de algunos inversionistas”⁴.

Mandó a tumbar la *Gran Avenida*, frente a la Universidad, reemplazándola por los edificios Arauca y Caroní, que vendió por el sistema de propiedad horizontal, y comenzó la construcción del Edificio Pichincha, también en la Avenida Libertador. Escribió diversos artículos en periódicos y dictó varias charlas por televisión y en el Club Rotario, que frecuentaba regularmente. En una de esas charlas, con la sonrisa en los labios, hizo revisión de su labor de periodista durante 25 años. Yo estuve presente en esta amena conferencia, y no puedo dejar de citar parte de ella ya que fue característica de Luis Roche, con su buen humor, su autocrítica y su lucidez. Comenzaba así:

“La mayoría me califica de urbanizador. Unos cuantos de urbanista, aunque trato de ser sólo un hombre lleno de urbanidad.

4. “La República”. *Demolerán Comercios de la “Gran Avenida”*. 22-5-1963.

Otros me creen ingeniero. En realidad soy simplemente ingenioso.

Pero lo que la mayor parte ignora es que mi lado flaco (tengo muchos lados y todos son flacos) es emborronar cuartillas.

En resumen, soy urbanizador y constructor por necesidad, y periodista por vocación⁵.

Espero que les interesará un corto y condensado relato de mis andanzas por el plomo de las galeras y la tinta de imprenta...

Comencé a escribir poco después de la muerte de su Majestad Gómez primero, y afortunadamente último!

Mi actividad de cronista la empecé en mayo de 1936. Escribí, en mi primera crónica, acerca del puente Brión (que calificaba de «un puente pequeño en honor de un hombre grande»).

En otra crónica, hacía comentarios sobre las esquinas vecinas de Pele el Ojo a Quita Calzón y agregaba que el nombre de estas dos esquinas era «todo un programa en aquellos tiempos tan agitados». No sabía que estaba adelantándome en 36 años a mi época, pues es ahora cuando muchos atracadores

5. Luis Roche donó a la Asociación Venezolana de Periodistas un terreno en la Urbanización Los Caobos, lo cual permitió que se edificara más tarde la actual sede de dicha Asociación.

toman la precaución de hacerles quitar a los hombres sus calzones, por más que hayan pelado el ojo!...

Alenté al Gobernador Mibelli por haber creado el Cuerpo de Bomberos y haber modernizado la policía. Hoy los que se han modernizado son los ladrones.

En el tiempo de Mibelli, Caracas tenía 10.000 vehículos y ya los atraques de tránsito eran muy serios. Yo di una demostración de falta de audacia y de visión, hoy risible, con el título de una crónica que decía «con cinco mil carros más, Caracas se volvería una ciudad de locos!»

En el número de carros me equivoqué, pero en lo de los locos creo que sí atiné."

Hace algunos comentarios sobre el crecimiento de Caracas, de su población y de sus vehículos y comenta:

"Es de suponer que en el futuro se guardará un hombre antiguo en alcohol como prototipo de una raza desaparecida. En el recipiente se pondrá una etiqueta que diga: «peatón, raza extinguida que, en edades remotas, usaba sus piernas para adelantar»".

Recuerda que fue el primero en proponer la apertura de una gran vía en el centro de Caracas, sugiriendo

hasta su nombre “Avenida Simón Bolívar”. Pero comenta que nunca pensó que, al llevarse la idea a la práctica, se iba a cortar y separar la ciudad en dos. Siguiendo sus comentarios, recuerda Luis Roche que, en abril del 36

“recomendaba que se mejorara el decorado anticuado del recinto del Congreso. Ello se hizo y hoy está presentable el templo supremo del bla-bla, que viene a ser nuestra industria nacional: la demagogia, cuya materia prima es la saliva y cuyo motor secreto lo constituyen las ambiciones personales, con algunas y honrosas excepciones...”

Reseña sus crónicas neoyorquinas y menciona

“reconocí una acacia, que tenía la ventaja sobre las nuestras de que, por falta de clima adecuado, no florece, y por lo tanto no echa vainas como tantas cosas de aquí.”

Hasta lo último estuvo el espíritu de Luis Roche abierto a las posibilidades de la ironía y del chiste. Recuerdo de esos últimos años, con agrado, las conversaciones íntimas que tuve con él cuando lo iba a visitar de noche, después de las labores del día. Nuestras relaciones se hicieron muy estrechas, basadas en la comprensión mutua y la tolerancia por diferencias de opiniones y criterios. En esas ocasiones, todavía Luis Roche me daba consejos, sobre

todo en lo relacionado con el medio venezolano que él tanto conocía y amaba. Nadie como él para interpretar con sabiduría práctica la etnología local y las idiosincrasias sociales. Me decía, por ejemplo: “Desconfía mucho de la expresión que se usa tanto aquí: «¡no se preocupe!» Al oírla, ¡comienza a preocuparte e investiga bien el asunto!” O también: “No le digas nunca a nadie ni dejes que tu secretaria diga que *estás ocupado*; ello se considera aquí mala educación, ya que se supone que estás discriminando contra la persona a quien le mandas tal razón”.

Las actividades de Luis Roche, en sus últimos años, se vieron limitadas por la enfermedad de su esposa quien, a raíz de una operación de los ojos y de la cara, hecha alrededor de 1952, desarrolló un dolor persistente, y luego una pérdida de visión progresiva. Luis se dedicó a cuidarla, acompañarla y alentarla. Seguían inseparables, de acuerdo con un programa trazado por él, más de 40 años antes, en el margen del libro *Petite Madame*, que le regalara a Beatriz cuando eran novios. Encuentro extremadamente difícil la traducción, y me permitirán dejar el texto en su francés original: “Deux êtres qui s’aiment, qui ont beaucoup de coeur et un peu d’esprit peuvent dialoguer longtemps... longtemps... toute leur vie. Les vieilles choses qu’ils se diront perdront leur vieil âge en passant par leurs jeunes lèvres”.

Luis continuó trabajando y yendo a su oficina a diario, y encontró en esta actividad una salida parcial a su energía; al mismo tiempo, sintió crecer en él una angustia vital. Notó que su esposa, en su recogimiento, encontraba apoyo en la religión, y comenzó a interrogarse sobre el sentido de la vida y de la muerte. Anteriormente, había sentido un escepticismo hedonista, similar al de su padre, don Emilio, tolerante hacia los hombres y sus flaquezas, respetuoso de las creencias de cada cual, pero alejado del ejercicio de la religión. En varias oportunidades, me dijo textualmente: "El que afirma que la religión es falsa está tan equivocado como el que insiste que es verdadera".⁶

Su carácter, generalmente optimista y sensual, era impermeable, en circunstancias normales, a la más leve traza de misticismo. Pero tenía un temperamento emocional, con tendencia hacia la angustia, y pasaba fácilmente de la exaltación a la depresión, de la cual regresaba a su estado inicial con no menos facilidad. Normalmente, desahogaba su angustia en las obras que emprendía, o en sus viajes, o en el goce del arte, y esto le permitió un desarrollo psicológico armónico y le conservó un carácter feliz y sonriente. Pero la enfermedad de su mujer, y sus

6. Uniéndose, por casualidad, a Pascal, quien escribía: "Il n'est pas certain qu'elle soit; mais qui osera dire qu'il est certainement possible qu'elle ne soit pas", o sea: "No es seguro que sea; pero quién se atreverá a decir que es seguramente posible que no sea?"

propias limitaciones físicas, que comenzaban a manifestarse, limitaron el alivio de sus tensiones internas y lo llevaron a buscar por otro lado un consuelo y un sostén. En esas circunstancias, la influencia de varias personas que lo rodeaban fue fundamental.

Luis y Beatrice pasaban sus fines de semana en el litoral, en la Mansión Charaima. Allí, algunos amigos, y, en particular Diómedes Martínez, comenzaron a convencerle que debía acercarse al ejercicio del culto. Lo hizo primero por complacer a su esposa y a sus amigos; y esto poco a poco lo llevó a desear la fe, siguiendo en esto el proceso que el mismo Pascal preconizaba, en un pasaje célebre, que dejo de citar para no causar escándalo. Hacia el fin de su vida, Luis se acercó mucho a su hija Beatriz, una persona de hondas convicciones religiosas, para pedirle consejo, consuelo y aliento; escribo lo que sigue en base al relato de la misma Beatriz, pues mi padre y yo, en mutuo y tácito acuerdo, evitábamos tocar problemas religiosos, para eludir posibles polémicas. Luis le dijo a Beatriz que deseaba adquirir la fe, pues veía cómo ésta había sostenido a su esposa en sus tribulaciones. Su hija fue conversando con él y, poco a poco, lo llevó a conocer a varios sacerdotes. Impaciente como siempre, Luis quería irrumpir en el mundo de la

fe bruscamente, como quien compra un terreno o una finca. Pero el proceso fue lento, y tengo la impresión que sólo en los últimos meses de su vida llegó Luis a creer en la verdad de su religión.

En el mes de abril de 1965, dos meses antes de morir, lo convencieron Luis Franceschi y Carlos Hellmund de que asistiera a un retiro religioso organizado en el Hotel Humboldt. Allí ocurrió una anécdota interesante y significativa para el que conoce al Luis Roche de los chistes y de las charlas. Sus compañeros le pidieron que leyera en alta voz durante las comidas, lo cual Luis hizo con gusto y evidente placer, como siempre. Hacia el final del retiro, en una de las comidas, cuando vino el momento de la lectura, no se hizo presente Luis; lo esperaron infructuosamente, lo buscaron y lo encontraron en su cuarto, silencioso. A las preguntas de sus amigos, contestó que había decidido no leer, pues no quería dar más cabida al sentimiento de vanidad satisfecha que acompañaba sus lecturas y sus conferencias. Al salir del retiro, afirmó creer ya en un ser superior, y sentirse tranquilizado.

Los muy allegados a Luis Roche notaban que en sus últimos meses su entusiasmo y su capacidad mental disminuían, aunque muy gradualmente. En

las reuniones familiares quincenales del domingo, ya no brillaba tanto su viviente presencia; al terminar el almuerzo retirábase a dormir la siesta, y la reunión, sin él, perdía buena parte de su sabor. Era indudablemente el centro de la familia, a la cual unía con fuerte cimiento.

Es claro que Luis Roche sentía ya crecer el peso de los años y ante *el calendario* y la explícita impotencia de los médicos, buscó el milagro, o al menos la mágica ilusión, disfrazada de ciencia. Oyó hablar del *tratamiento celular* del Dr. Niehans. Varios amigos, que afirmaban haber sido mejorados de sus dolencias con dicho tratamiento, se lo recomendaron. Leyó un libro de Niehans, que encontré después de su muerte, pues conociendo mi opinión al respecto no había querido revelarme que lo estaba consultando. Conservaba su espíritu crítico, y en el sitio donde el libro relataba que en 1889 el fisiólogo Brown-Séquard se había inyectado un extracto de testículo de perro, "para constatar su acción rejuvenecedora", hacía la siguiente nota marginal

"¡Creo recordar que tuvo finalmente un fracaso completo!"

Pero más allá en el libro, había subrayado, entre el inmenso catálogo de síntomas que el tratamien-

to celular pretendía mejorar, *falta de memoria, insomnio*, etc. Decidió probar el tratamiento.

¿Por qué lo hizo a pesar de los consejos adversos de su hijo médico? Luis Roche, espíritu independiente y crítico, autodidacta además, siempre le tuvo cierta desconfianza a los técnicos, a pesar de ser un admirador casi ingenuo del progreso tecnológico.⁷ Le gustaba decir: "No creo en brujas, pero ¡de que las hay, las hay!" Solazábase burlándose de los médicos, y en su cuaderno de apuntes encontré el siguiente cuento:

LOS MEDICOS Y SUS FAROLITOS

"Ustedes recuerdan que el Japón se mantuvo cerrado a toda comunicación con occidente durante su milenaria historia, hasta que, movido Dios sabe por qué impulso genial, un Mikado firmó un tratado con los blancos, autorizándolos a mantener ciertas relaciones comerciales con ellos y fijándoles dos puertos al efecto.

Una vez montado este sucinto decorado histórico, comencemos con nuestra historia que, si no es verídica, espero que merezca la evocación del célebre dicho italiano «*¡Se non e vero, e ben trovato!*»

7. Comentaba que muchas veces él, autodidacta, había tenido razón en contra de los "técnicos del urbanismo".

Nuestra anécdota comienza con el segundo viaje, hecho desde San Francisco al Japón por cierto capitán de navío. Al llegar al puerto, el segundo de a bordo, Teniente Williams, se dirige a su Jefe.

—Capitán, sigo enfermo, y como el médico ayudante de a bordo no logra atinar con mi mal, pienso consultar a algún médico japonés, pues entre ellos los debe haber muy buenos. Usted que habla algunas palabras de su idioma me podría acompañar.

—Sería con gusto, pero no podríamos dejar el barco solo, sin su primer y segundo oficiales.

—Entonces ¿qué hago?

—Primero, algunos de ellos hablan y entienden rudimentos de inglés, luego todos los médicos en ese país residen agrupados en el mismo lugar, y es fácil encontrar el sitio porque, por una costumbre secular, ellos están obligados a colgar en los árboles de su jardín un farolito (desde luego que japonés) como perenne oración por el alma de cada uno de los pacientes que hayan muerto en sus manos. Usted se guiará por las luces.

Dicho y hecho. A la caída de la noche, Williams baja a tierra y pronto descubre en cierto punto de la ciudad una luz bastante intensa: la de los farolitos de las víctimas de los escualpios nipones.

Llega pronto al lugar pero comienza por tropezarse con una finca cuyo jardín era más bien un parque, iluminado con cientos de farolitos.

¡Qué horror!, pensó él. ¡Este no es un médico, es un verdugo! ¡No me pongo en sus manos!

Y siguió su caminata. Pero, por más que anduviera, encontraba por doquier una iluminación *a giorno*. Hasta que, con gran sorpresa, vio una zona oscura en donde, con incredulidad, no contó sino siete farolitos. Entró y fue minuciosamente atendido por un joven médico japonés quien, por buena suerte, poseía algo del idioma de Shakespeare —que, en ese caso, más bien era el de Mark Twain.

Después que el doctor le puso una inyección y le hizo variados y complicados tratamientos, después en fin que Williams le hubo pagado, no pudo menos de interrogarle:

—Dispénseme, doctor, que le haga la siguiente pregunta: ¿por qué razón, siendo usted tan joven, y por lo tal sin experiencia, no tiene usted sino siete farolitos, cuando la mayoría de sus colegas tiene varios centenares?

Y el doctorcito japonés, con la finura que caracteriza a su raza, se inclinó reverente y le dijo:

—¡Es que me gladié anoche!”⁸

8. Luis Roche: *Anécdotas y cuentos míos y de los demás*. Inédito.

A principios de junio de 1965 salió Luis Roche para Suiza, negándose a que lo acompañaran, pues afirmaba vehementemente que no se sentía de ninguna manera inválido. Se internó en la Clínica *La Prairie* de Montreux. El 14 de junio terminó de recibir la serie inicial de inyecciones de células embrionarias frescas y, dos días más tarde, el 16, falleció tras muy breve agonía sin darse cuenta de nada. Siempre había deseado morir rápidamente, y evitar las parálisis físicas y decadencias propias de la senectud. Sus deseos fueron cumplidos.

Fui con mi hermano, Luis Armando, a buscar el cuerpo de nuestro padre. Lo habían trasladado a un lugar temporal de reposo. De la Clínica *La Prairie* a ese sitio un camino de tierra serpentea al flanco de las colinas en el lado norte del lago de Ginebra. Era un día espléndido: claro y transparente, dejaba ver, al otro lado, destacándose sobre el cielo, los picos de los Alpes, aún cubiertos con las nieves invernales.

Llegamos, mi guía y yo, a un pequeño cementerio que miraba hacia el lago, sembrado de veleros blancos. Lago y no mar; y sin embargo, no pude evitar el paso por mi memoria de los versos:

*“Ce toit tranquille, où marchent des colombes
Entre les pins palpite, entre les tombes...”*

A un lado del cementerio, había una pequeña capilla gótica, apenas del tamaño de una habitación. De un costado brotaba helada el agua de una fuente. El que me guiaba abrió la puerta con una pesada llave. Allí estaba mi padre, en un ataúd descubierto. Apacible, la cabeza ligeramente volteada de lado, por primera y última vez indiferente y serio...

Bajé la cuesta bajo el sol, frente al lago, sintiendo, extrañado, sobre las mejillas mis únicas lágrimas de adulto.

Mi hermano y yo acompañamos el cuerpo de nuestro padre en su último vuelo hacia Venezuela, donde yace. Quedan, en su ciudad de Caracas, sus avenidas, sus plazas; y, en quienes lo conocían y querían, el recuerdo de su sonrisa.

INDICE

7	PREFACIO
9	INTRODUCCION
19	Capítulo I ANTEPASADOS
31	Capítulo II INFANCIA Y MOCEDADES
41	Capítulo III MATRIMONIO
61	Capítulo IV LAS GRANDES URBANIZACIONES I. San Agustín, La Florida
73	Capítulo V LAS GRANDES URBANIZACIONES II. Don Bosco, Los Caobos, Altamira
91	Capítulo VI PREOCUPACION POR CARACAS
111	Capítulo VII SURAMERICA VISTA POR UN VENEZOLANO
127	Capítulo VIII VIAJERO Y CINEASTA
145	Capítulo IX ULTIMOS AÑOS